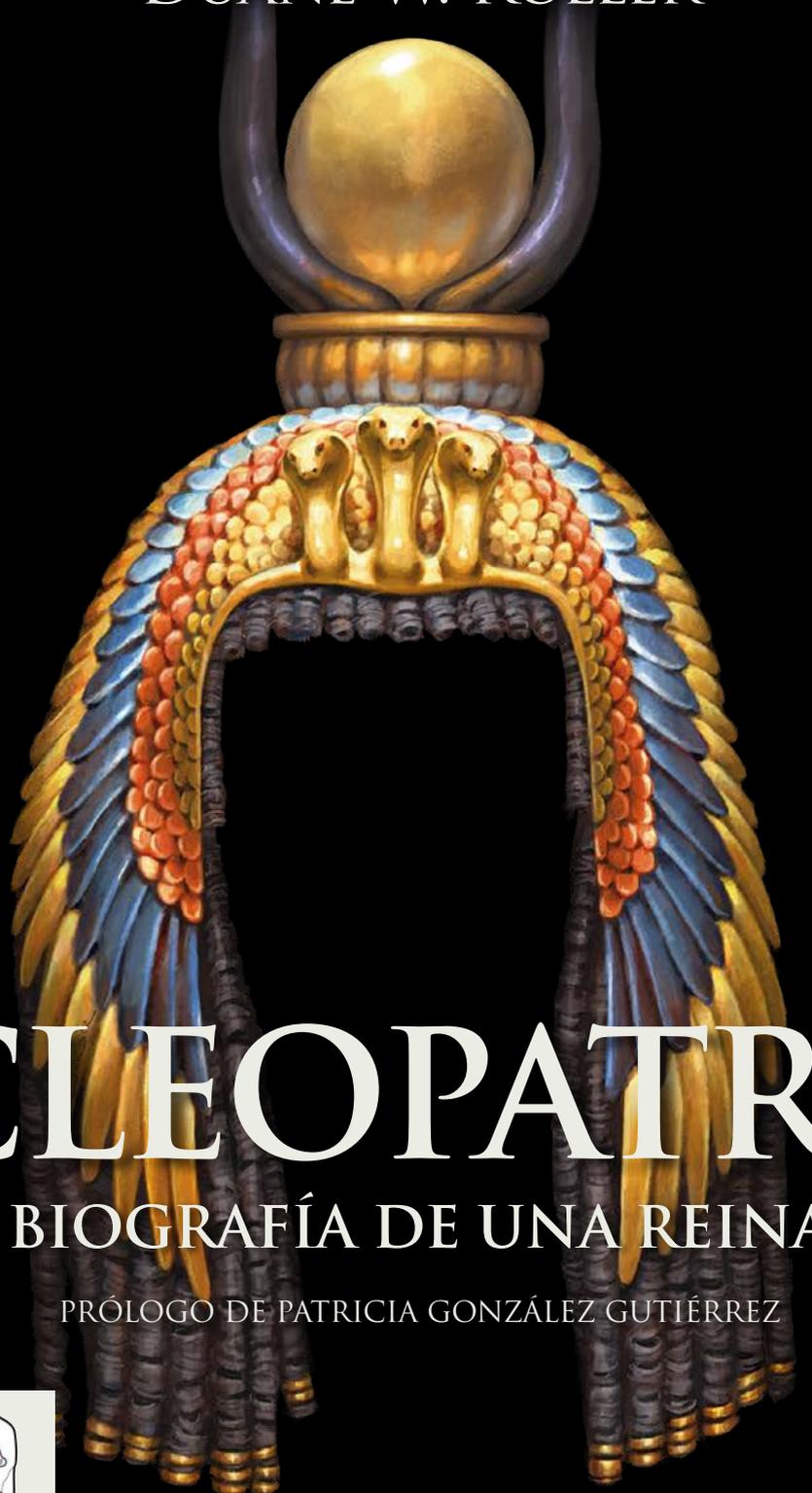


DUANE W. ROLLER



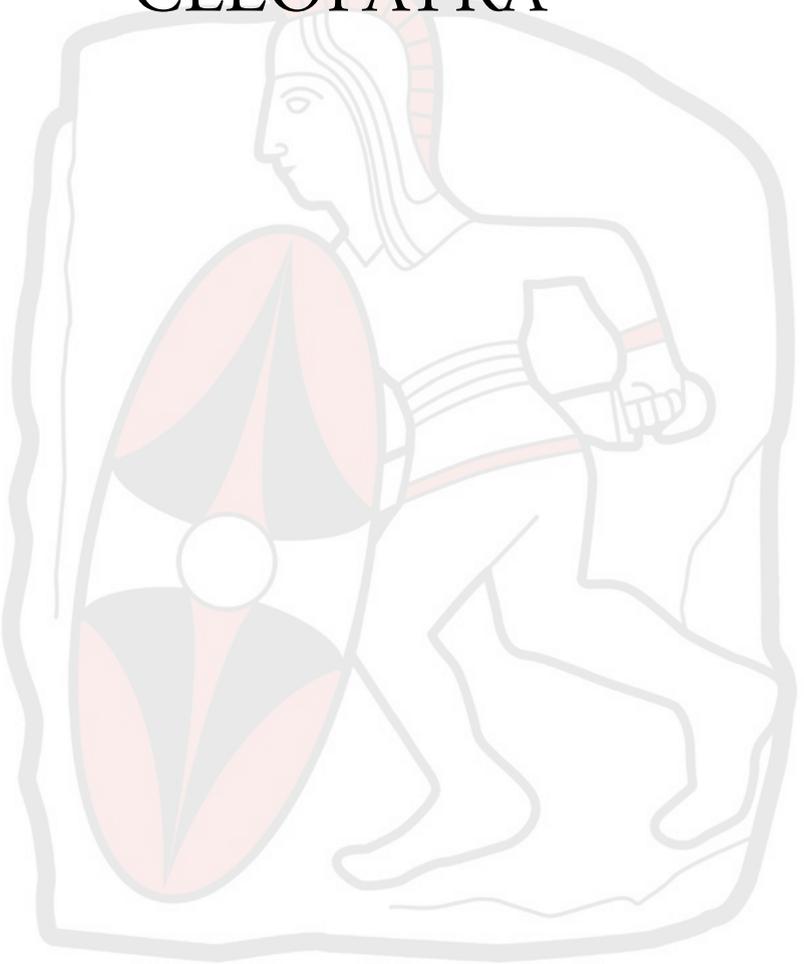
CLEOPATRA

BIOGRAFÍA DE UNA REINA

PRÓLOGO DE PATRICIA GONZÁLEZ GUTIÉRREZ

CLEOPATRA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

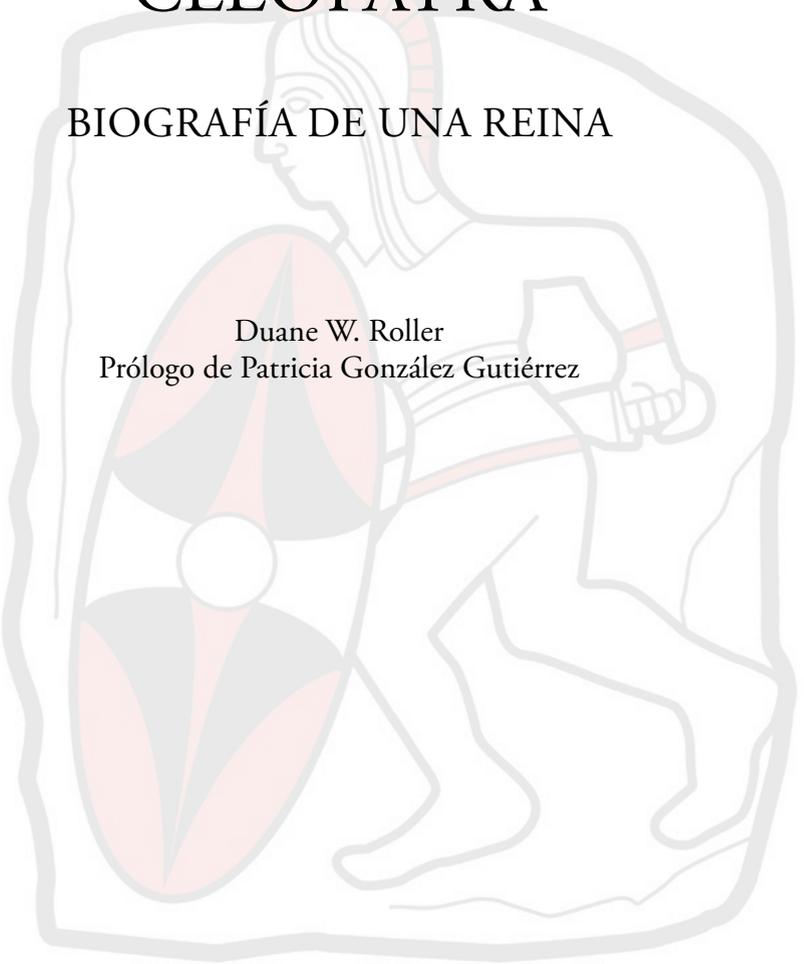
DESPERTA FERRO

CLEOPATRA

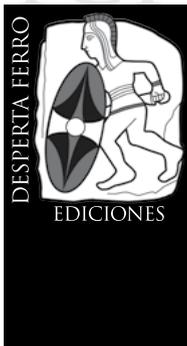
BIOGRAFÍA DE UNA REINA

Duane W. Roller

Prólogo de Patricia González Gutiérrez



EDICIONES



Cleopatra
Roller, Duane W.
Cleopatra / Roller, Duane W. [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2023 – 288 p. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D. L.: M-15396-2023
ISBN: 978-84-126588-4-2
94(32)
929CLEOPATRA

CLEOPATRA

Biografía de una reina

Duane W. Roller

Cleopatra. A Biography was originally published in English in 2010. This translation is published by arrangement with Oxford University Press. Desperta Ferro is solely responsible for this translation from the original work and Oxford University Press shall have no liability for any errors, omissions or inaccuracies or ambiguities in such translation or for any losses caused by reliance thereon.

Cleopatra. Biografía de una reina se publicó originalmente en inglés en 2010. Esta traducción se publica mediante un acuerdo con Oxford University Press. Desperta Ferro es el único responsable de esta traducción de la obra original y Oxford University Press no se hace responsable de errores, omisiones o inexactitudes o ambigüedades en dicha traducción ni de cualquier pérdida causada por la misma.

Todos los derechos reservados

Copyright © 2010 by Oxford University Press, Inc.
ISBN: 978-0-19-982996-5

© de esta edición:

Cleopatra

Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-126588-4-2
D.L.: M-15396-2023

Traducción: Jorge García Cardiel

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández y Cristian Indrecan

Cartografía compuesta por Bill Nelson

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Todas las imágenes son de dominio público, salvo aquellas en las que se indica otra fuente

Primera edición: junio 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2023 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

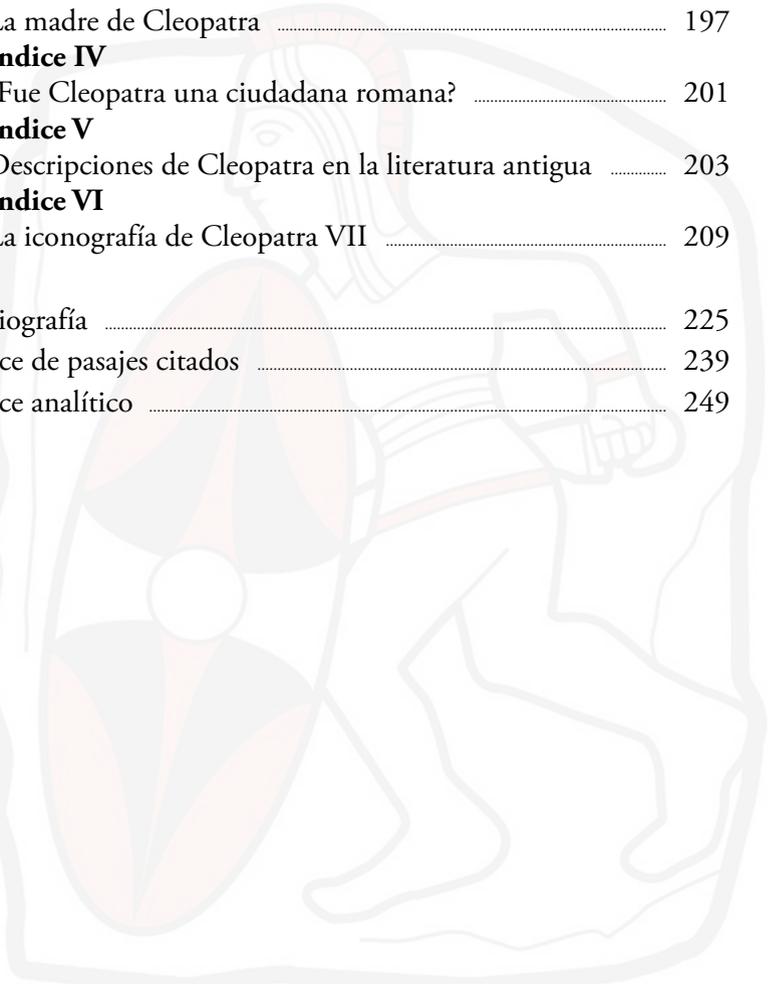
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Prólogo de Patricia González Gutiérrez	VII
Prefacio del autor	XI
Introducción	XV
1 LOS ANTEPASADOS DE CLEOPATRA Y EL CONTEXTO HISTÓRICO	1
2 LA HERENCIA TOLEMAICA Y LA RELACIÓN CON ROMA	21
3 LA JUVENTUD Y EDUCACIÓN DE CLEOPATRA	41
4 CONVERTIRSE EN REINA (51-47 A. C.)	53
5 LA CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO (47-40 A. C.)	73
6 LOS AÑOS DEL APOGEO (40-34 A. C.)	99
7 EL FUNCIONAMIENTO DEL REINO	117
8 ERUDICIÓN Y CULTURA EN LA CORTE DE CLEOPATRA	145
9 EL HUNDIMIENTO (34-30 A. C.)	153
Epílogo	183

EDICIONES 

Apéndice I	
Bosquejo de la vida y trayectoria de Cleopatra	191
Apéndice II	
Genealogía de los últimos tolomeos	195
Apéndice III	
La madre de Cleopatra	197
Apéndice IV	
¿Fue Cleopatra una ciudadana romana?	201
Apéndice V	
Descripciones de Cleopatra en la literatura antigua	203
Apéndice VI	
La iconografía de Cleopatra VII	209
Bibliografía	225
Índice de pasajes citados	239
Índice analítico	249



PRÓLOGO

Pocas figuras femeninas han provocado tantos ríos de tinta como Cleopatra VII. Dentro del olvido generalizado de las mujeres por parte de la historiografía tradicional, personajes como Cleopatra, junto con otras figuras como Juana de Arco o Isabel la Católica, se «salvaban» de la amnesia del relato. No solo entre los eruditos ha sido una figura más o menos recurrente, sino que la cultura popular se ha nutrido de las diversas caras de una figura reiterada en la pintura, la escultura o el cine. No podemos negar el impacto de la imagen de Elizabeth Taylor y su sombra de ojos azul, replicada luego en el cómic de *Astérix y Obélix*, en el imaginario colectivo. Shakespeare dedicó una obra a la eterna pareja de Cleopatra y Marco Antonio y numerosas novelas se han sumergido en su vida. Su muerte ha sido pintada por Miguel Ángel, Artemisia Gentileschi o Guido Reni. Su vida, en fin, es un tema frecuente también en las revistas de divulgación.

Sin embargo, pocos personajes son, en realidad, tan poco conocidos. La historiografía no hizo más que repetir una serie de tópicos manidos, las artes plásticas sexualizaron hasta el extremo a la reina y la cultura popular fue aumentando la visión de la última reina tolemaica como una *femme fatale*. La propaganda romana, promovida por Octaviano, que ha sido la principal fuente usada para conocer a la reina, elaboró un retrato denigrante que cubrió la persona real de tantas capas de mito y crítica que, para llegar a ella, hay que acometer una auténtica labor de arqueología textual.

En este sentido, unos pocos debates y tópicos vuelven una y otra vez al escenario, que deja a quien intenta acercarse a ella con una sensación de eterno castigo, como un Sísifo que tiene que ver caer su roca una vez tras otra ladera abajo o un Tántalo que nunca llega a alcanzar ni el agua ni la fruta que pende a unos centímetros de su cara. Uno de ellos es el de la ascendencia de Cleopatra, centrado en los últimos años en su color

de piel, sobre todo cuando se estrena alguna serie acerca de ella. Frente al mito de una familia tolemaica eternamente endogámica y plagada de matrimonios fértiles entre hermanos, surgen los matices en torno a las alianzas matrimoniales fuera de la familia, los relatos en relación con diversas esposas reales más o menos desconocidas y la necesaria imbricación de los tolomeos en los circuitos de poder nacionales e internacionales.

Sin embargo, quizá el mito más conocido es el relativo a su voracidad sexual y encanto personal. Podría resultar curiosa esta fama con respecto a una persona con un solo matrimonio dinástico y solo dos parejas sexuales conocidas a lo largo de su vida, pero no es un recurso desconocido. Mujeres poderosas como Julia y Mesalina sufrieron el mismo destino historiográfico. Sus maniobras políticas e intrigas quedaron reducidas a adulterios, promiscuidad, traiciones en la cama y visitas a burdeles de mala muerte para ejercer la prostitución. Aunque la estrategia tenía su contraparte masculina en las acusaciones de pasividad sexual (lo que no deja de ser una feminización por parte de las fuentes), se trata de una maniobra que ha afectado especialmente a las mujeres.

Esto ha supuesto que sus estrategias políticas se erotizaran, como su famosa entrevista a escondidas con César, o que sus maniobras para salvar su reino fueran vistas como locuras decadentes y amorosas con Marco Antonio. También provocó que su vasta cultura (hablaba varios idiomas y creció correteando por la Biblioteca y el Museo), su capacidad para la oratoria y la fascinación que provocaba su conversación se viera reducida a debates acerca de su belleza o a su falta de ella. Debates que, por otro lado, han llegado hasta nuestros días.

También sus conocimientos de medicina, ciencia de la que escribió, se vieron reducidos a una imagen de bruja oriental, de hechicera capaz de encantar a los hombres que la rodeaban y de experta en el arte del veneno. Y, como ejemplo, el botón de su muerte, mitificada con el áspid, y sexualizada con la imagen de la serpiente mordiendo su pecho desnudo. Cleopatra no solo ha representado a la gobernante que, por ser mujer, acaba con un reino centenario y a la *femme fatal* capaz de arruinar todo lo que toca, sino también a la mujer voluble, derrochadora, caprichosa y ninfómana. Es más, ha ejemplificado como nadie un relato relacionado con los enfrentamientos entre Occidente y Oriente, más que con ser víctima de las luchas de poder entre romanos.

¿Cómo deshacernos de todas estas capas? Este libro es uno de los que afrontan esa tarea. Cleopatra se estudia, ni más ni menos, como uno de los gobernantes de la zona. Uno especialmente capaz, además, aunque una visión teleológica de la historia nos hiciera ver la derrota de

Egipto como inevitable. También presenta a una monarca que continúa las políticas internas y de alianzas externas típicas de su familia y del marco mediterráneo. Los tolomeos llevaban ya bastante tiempo interactuando (y dependiendo en ciertos momentos) de Roma, así como luchando por mantener sus territorios fuera de Egipto.

Fue una dirigente preocupada por convertir Alejandría en un foco de cultura, por mantener una buena relación con la administración regional y local de su reino y que tuvo que enfrentarse no solo a sequías y corrupciones locales, sino a la inmensa ambición y a las peleas internas romanas. Fue una madre y una reina preocupada y protectora, que recibió culto local hasta que el cristianismo fue barriendo otras creencias y adoraciones.

Acercarse a su figura más allá de esa supuesta excepcionalidad, desde un marco histórico más general, desde una historia política que no se deje llevar por fantasías, desde una historia de las mujeres que sea consciente de los usos políticos en torno al género y desde una historia social que explore las estrategias de los distintos reinos más allá de la visión centralista y reductora de Roma, acaba por convertirse en una necesidad.

Un libro como este es la muestra no solo de que otra historia es posible, incluso con los personajes más mitificados, sino de que, cuando se rebusca en las fuentes, se encuentra. Es la muestra de que, quizá, lo que fallaba no eran solo unos textos cargados de inquina y propaganda, sino nuestra propia forma de mirar.

Patricia González Gutiérrez,
abril de 2023



PREFACIO

La historia, señor, dirá mentiras como siempre.
General Burgoyne en la obra teatral de George Bernard Shaw
El discípulo del diablo (1897)*

Aquella mujer incapaz de doblegarse.
Horacio, *Odas* 1.37.32 (ca. 20 a. C.)**

En el año 34 a. C. tuvo lugar en el Gimnasio de Alejandría una ceremonia extraordinaria. Cleopatra VII, que a sus 35 años llevaba gobernando Egipto desde los 18 y que gozaba de la ciudadanía romana, ratificó legalmente que su reino tolemaico (instituido 270 años antes por su ancestro Tolomeo I, uno de los compañeros de Alejandro Magno) había recuperado por fin su antigua gloria territorial. El país abarcaba desde Cirene, en el norte de África, a través del propio Egipto, hasta el extremo oriental del Mediterráneo y los confines del mar Egeo, incluyendo Chipre y algunas partes de Creta. Además de, por supuesto, el valle del Nilo hasta muy aguas arriba. Los cuatro hijos de Cleopatra participaron en la celebración, pues estaban llamados a preservar el reino y a establecer una red de monarquías aliadas que se extendiera hasta Armenia y Partia (en la actual meseta iraní). Dado que Cleopatra era una aliada de la República romana, todas estas disposiciones tuvieron que ser sancionadas por el magistrado romano supremo en la región, el triunviro Marco Antonio, también presente en el acto. Si todo hubiera salido según lo planeado, la mayor parte del Mediterráneo oriental hubiera quedado sometido a la hégira tolemaica, con Roma y un puñado de pequeños reinos reducidos a territorios satélite.

* N. del E.: *Comedias escogidas*, Madrid, Aguilar, 1973.

** N. del E.: J. L. Moralejo (trad.), Madrid, Gredos, 2007.

Sin embargo, cuatro años después, Cleopatra estaba muerta y todas sus posesiones habían sido repartidas entre Roma y algunos otros monarcas. Las cosas habían salido rematadamente mal. En última instancia, la visión de futuro de la reina se había revelado una visión del pasado. Cleopatra fue la última de los auténticos gobernantes helenísticos y su sueño de crear un nuevo orden y un nuevo concepto de la monarquía cayó víctima del avasallador poder de Roma. Así pues, técnicamente, erró en sus ambiciones, aunque, por irónico que parezca, su desliz fue clave en la creación del Imperio romano. Algo que ella, evidentemente, nunca llegó a saber.

En la actualidad, Cleopatra es conocida sobre todo por su prolija leyenda, generada, básicamente, en los últimos 500 años, en los que la figura de la egipcia ha sido ubicua en el teatro, en las artes visuales y escénicas y en el cine. Resulta difícil rescatar una recreación de la reina que no esté dominada por todas esas concepciones populares. Y, sin embargo, el propósito de este libro es precisamente ese: desgranar un retrato de Cleopatra basado solo en lo que los testimonios antiguos nos revelan acerca de ella. Para que lo que se cuenta sea lo más completo posible, ha habido que recurrir a todas las fuentes disponibles: no solo a la literatura griega y latina, sino también al arte, la arquitectura y los documentos oficiales egipcios, así como a la plástica y las acuñaciones grecorromanas. Y, aun así, la imagen obtenida continúa resultando frustrante por la pertinaz falta de evidencias. A fin y al cabo, la información disponible puede habernos llegado muy contaminada por la perspectiva del vencedor, omnipresente en toda la literatura clásica relevante. Y todavía quedan varias lagunas en el registro, sobre todo las referentes a los tres años que transcurrieron entre finales de 40 y finales de 37 a. C., de los que no sabemos absolutamente nada. Con todo, continúa siendo factible trazar una panorámica fascinante de Cleopatra, la más dinámica de las mujeres, que, pese a fallecer con tan solo 39 años, se convirtió en uno de los personajes más notables de la historia mundial. Las presentes páginas son un intento de valerse de toda la información disponible y de aprender lo máximo posible acerca de esta reina y su mundo.

La redacción de este libro se nutre de los conocimientos previos del autor en torno a la época del último siglo a. C. y del fenómeno de los reyes amigos y aliados (como, en este caso, lo fue Cleopatra), monarcas que regían Estados independientes, pero que mantenían estrechos vínculos con Roma. Es cierto que a Cleopatra no se la suele incluir en esta categoría por haber gobernado en una época anterior al Imperio romano (Herodes el Grande y Juba II de Mauritania, ambos estudia-

dos previamente por el autor, se consideran ejemplos mucho mejores), pero, si lo pensamos bien, cumplió con todas las características propias de un monarca aliado (e incluso fue reconocida de manera oficial por Roma como tal), lo que revela, al menos en este sentido, una auténtica figura transicional entre la República romana y el Imperio.

Al autor, ante todo y sobre todo, le gustaría dar las gracias a Ronnie Ancona y a Sarah Pomeroy por el singular encargo de escribir esta biografía para incluirla en su colección de «Mujeres en la Antigüedad», así como la fe que depositaron en mi capacidad de llevar a término semejante proyecto y los múltiples y provechosos comentarios. Aunque la mayor parte de la labor de redacción se completó en el estudio del autor en Santa Fe, con sus inspiradoras vistas, la investigación bibliográfica se llevó a cabo básicamente en la biblioteca del Harvard College, en la biblioteca de la Universidad Estatal de Ohio (con la asistencia especializada de su personal de préstamo interbibliotecario) y en el Instituto de Arqueología de la Universidad Karl-Franzens de Graz, Austria. El autor también desea agradecer a todas estas instituciones y a su personal el apoyo recibido. Asimismo, le gustaría expresar un agradecimiento especial a Sally-Ann Ashton; a Malcolm Chrisholm; a Erich S. Gruen; a Kathryn Gutzwiller; a Pietro Giovanni Guzzo; a Domenico Esposito, de la Soprintendenza Archeologica de Pompeya; a George L. Irby-Massie; a Diana E. E. Kleiner; a Christa Landwehr; a William M. Murray; a Nancy Leonard; al Museo Rosacruz de San José; a Josephine Crawley Quinn; a Letitia K. Roller; a John Scarborough; a Elena Stolyarik; a la Sociedad Numismática Americana; a Stefan Vranka y a muchos otros profesionales de Oxford University Press; a Susan Walker; a Wendy Watkins y al Centro de Estudios Epigráficos y Paleográficos de la Universidad Estatal de Ohio.

INTRODUCCIÓN

Pocos personajes de la Antigüedad clásica son tan célebres, y al mismo tiempo tan incomprendidos, como Cleopatra VII (69-30 a. C.), reina de Egipto. A pesar de las abundantísimas muestras de cultura popular posteriores a la Antigüedad centradas en torno a su figura, y aunque ha protagonizado no pocas creaciones literarias, artísticas y musicales, Cleopatra es un personaje histórico sorprendentemente poco conocido y, por lo general, mal interpretado. A fin de cuentas, en los años inmediatamente posteriores a su muerte, su memoria fue vilipendiada por los artífices de su derrota, una mancha que contaminó sin remedio las fuentes antiguas.

Cleopatra VII fue una hábil diplomática, comandante naval, dirigente, lingüista y escritora, que administró su reino con habilidad a pesar del progresivo deterioro de la situación política y del creciente intervencionismo romano. Su postrera derrota no debe considerarse en desdoro de sus capacidades. Ahora bien, su imagen en la cultura popular y en las artes a menudo ha ensombrecido su figura histórica y hasta las crónicas especializadas en torno a su trayectoria han quedado en ocasiones trufadas de datos tomados del teatro y la pintura de los primeros momentos de la Modernidad, o incluso de las películas, recreaciones todas ellas interesantes y significativas por derecho propio, pero irrelevantes para el conocimiento histórico de la reina. Aunque Cleopatra ha sido objeto de una extensísima bibliografía, a menudo se la ha representado injustamente como una mujer cuyas apetencias físicas determinaron sus decisiones políticas. En cambio, con demasiada frecuencia se ha obviado parte de los datos más imparciales de su propia época, comenzando por la iconografía y las acuñaciones realizadas durante su reinado.

Como cualquier mujer, Cleopatra se ha visto perjudicada por una historiografía que, tanto en la Antigüedad como en la época actual, ha estado siempre dominada por los hombres. En consecuencia, o bien se la ha contemplado con asiduidad como un mero apéndice de los varones de su vida, o bien se la ha estereotipado a través de los roles femeninos más típicos y

chovinistas, presentándola como una seductora o como una hechicera obsesionada con arruinar la vida de los hombres que se cruzaran en su camino. Desde esta perspectiva, la reina no fue más que la «compañera egipcia»¹ de Marco Antonio, sin apenas influencia en las decisiones políticas de su época. Todavía en el siglo XX se la consideraba un actor notablemente insignificante en la historia grecorromana. En la década de 1930, Ronald Syme, el gran historiador de Roma, al que tanto le deben nuestros conocimientos acerca del mundo antiguo, sorprendentemente escribió: «Cleopatra no desempeñó ningún papel, en ningún momento, en la política del dictador César, sino que tan solo fue un breve capítulo en la historia de sus amoríos —y también—: la propaganda de Octaviano magnificó la figura de Cleopatra sin medida y más allá de lo decente».²

Sin embargo, lo cierto es que nuestra protagonista fue la única mujer de toda la Antigüedad clásica que gobernó por derecho propio (no meramente como sucesora de un esposo fallecido) y lo hizo tratando desesperadamente de preservar y mantener en funcionamiento un reino moribundo en las mismas narices de la abrumadora presión romana. Descendiente de al menos dos de los compañeros de Alejandro Magno, Cleopatra contaba con un estatus mucho mayor que el de cualquiera de los romanos que se le opusieron. Como mujer, la supervivencia dinástica le obligó a tomar una serie de decisiones personales que hubieran resultado innecesarias en el caso de un varón. Aunque siempre se la representará como la más grandiosa de las *femmes fatales*, acostumbrada a arrastrar a los hombres a la perdición, tan solo se le conocen dos relaciones en dieciocho años, una cifra que es difícil que puede considerarse un signo de promiscuidad. Es más, esas conexiones (recordemos, con los dos romanos más importantes de la época) demuestran que la elección de sus compañeros respondió a una política de Estado cuidadosamente diseñada, la única que podía garantizar el nacimiento de unos sucesores dignos de la distinguida historia de su dinastía.

Los modelos de conducta para Cleopatra no fueron abundantes, pero sí dinámicos. En primer lugar, se encontraba la más célebre de las reinas egipcias, Hatshepsut, que sucedió a su difunto marido, Tutmosis II, y gobernó el valle del Nilo entre ca. 1479/73 y 1458/57. Hatshepsut se consideraba a sí misma la responsable de haber rescatado a Egipto de los largos años de ocupación hicsa y, además, había impulsado un notable programa de edificaciones que todavía era visible por doquier. Había extendido las fronteras del Estado egipcio y, al igual que Cleopatra, se había mostrado especialmente interesada en hacerse presente en el Levante. Otra inspiración para Cleopatra pudo ser Artemisia, reina de Halicarnaso en 480 a. C. Aunque sabemos poco de ella, se la recuerda por comandar su propia flota y

por haber desempeñado con ella un papel crucial (aunque en cierto sentido enigmático) en la batalla de Salamina, uno de los episodios más relevantes de la guerra entre los Estados griegos y Persia. Y, por último, también hemos de mencionar a la primera gran reina tolemaica, Arsínoe II (*ca.* 316-270 a. C.), hija de Tolomeo I y con quien se trazaron las características de la realeza femenina en el marco de la nueva dinastía. Aunque nunca llegó a gobernar por sí misma, su posición en Egipto se consideró similar a la de su hermano y esposo Tolomeo II. Fue ella quien asentó el concepto del matrimonio fraternal entre los tolemeos, una herramienta dinástica fundamental, aunque también llegó a casarse con dos reyes macedonios. No hay duda de que, como hiciera Cleopatra, Arsínoe supo elegir bien a sus cónyuges para acrecentar su propio estatus.

Las tres reinas, en definitiva, cultivaron cualidades que moldearon el comportamiento de Cleopatra VII. Pero esta última contó también con otras muchas figuras de referencia, entre las que se contaron personajes de la talla de Alejandro Magno, Mitrídates VI del Ponto y sus propios antepasados tolemaicos masculinos, así como el amplio repertorio de enérgicas mujeres de la mitología griega, como Penélope, que, aunque casada, gobernó su reino en solitario durante veinte años. Incluso las aristócratas romanas con las que rivalizó, como Fulvia, Octavia y Livia, constituyeron modelos relevantes, lo que alimentó un intercambio fecundo entre el paradigma de la monarca helenística y el de la matrona romana.

Dado que, con la sola excepción de las efigies abocetadas bidimensionales de sus acuñaciones, no conservamos ningún retrato seguro de Cleopatra, poco es lo que se puede decir acerca de su apariencia física. Las monedas muestran un mentón y una nariz prominentes (este último, su rasgo más célebre), una mirada intensa y un cabello recogido a la fuerza en un moño. Una de nuestras fuentes afirma de manera explícita que era de corta estatura, característica que quizá también pueda colegirse de la célebre historia del fardo de mantas.³ Existe un comentario de Plutarco que se suele malinterpretar para aseverar que no era particularmente bella,⁴ pero lo que en realidad escribió el historiador fue que la fuerza de su personalidad era muy superior a su atractivo físico. Nuestras fuentes, de hecho, coinciden en que su encanto era notable y que tenía una presencia llamativa, apariencia que aún mantuvo unos días antes de su muerte.⁵ Como buena integrante de una casa real, era experta en la monta y la caza;⁶ de hecho, en más de una ocasión las fuentes egipcias la presentan como si fuera un varón.

Cleopatra VII, la última representante de la dinastía tolemaica que gobernó Egipto durante 250 años, nació en torno al inicio del año 69 a. C. Fue la segunda de cinco hermanos, hijos todos ellos de Tolomeo XII, que,

a lo largo de su reinado, se había ido involucrando cada vez más en la política del emergente Estado romano. Cuando Tolomeo XII huyó a Roma en 58 a. C. para escapar de las iras de su propio pueblo, provocadas por el declive de la economía y por la sensación de que el monarca se encontraba demasiado ligado a los romanos, es posible que Cleopatra viajara con él. El rey recuperó el trono tres años después gracias al socorro decidido de Roma, vehiculado, entre otros, por el joven oficial de caballería Marco Antonio. La hija mayor de Tolomeo, Berenice IV, que se había apoderado del reino en ausencia de su padre, fue ejecutada, lo que dejó a Cleopatra en el primer puesto de la sucesión. Cuando Tolomeo XII murió en 51 a. C., se convirtió en reina de Egipto, pero en conjunción con su joven hermano Tolomeo XIII, pues la oposición a que una mujer gobernara en solitario era significativa. A la larga, dicha oposición terminó por cristalizar en una facción que provocó el estallido de una guerra civil entre los hermanos. Tal contienda, como es bien sabido, todavía se mantenía en liza cuando Julio César desembarcó en el país del Nilo en 48 a. C. e invocó una serie de antiguos fundamentos jurídicos para justificar la intervención romana en la política egipcia.

César dedicó el invierno de 48-47 a. C. a solventar la guerra (entre cuyas víctimas se contó, por cierto, el propio Tolomeo XIII) y partió en primavera, lo que dejaba a Cleopatra como única reina de Egipto. Durante aquel verano, la soberana dio a luz un hijo al que llamó Cesarión y anunció que era de César. Una vez consolidada en el trono, consagró todos sus esfuerzos a estabilizar el reino. Las deudas contraídas por su padre, los problemas económicos del país y la inquietante presencia romana hicieron ardua aquella tarea, pero no imposible. Para fortalecer su posición en el escenario político romano, siempre cambiante, viajó hasta Roma en 46 a. C. y logró el reconocimiento legal como monarca aliada de la urbe. Un segundo viaje en 44 a. C. determinó que se encontrara en la ciudad cuando César fue asesinado y allí permaneció durante varias semanas más tratando, aunque de manera infructuosa, de que su hijo fuera aceptado como el heredero del finado.

Cuando el triunvirato romano de Antonio, Octaviano (el sobrino nieto y heredero de César) y Lépido se puso en marcha para vengarse de los asesinos del dictador, ambos bandos se aproximaron a Cleopatra con el fin de solicitar su apoyo. La reina contemporizó durante un tiempo, pero al final unió su destino al de los vengadores en vez de al de los tiranidas, por lo que se puso personalmente al frente de la flota egipcia y levó anclas rumbo a Grecia. Tras la derrota de Bruto y Casio en Filipos en 42 a. C., Antonio quedó al mando de Oriente. Al año siguiente, convocó a Cleopatra a su cuartel

general en Tarso. En un principio, la soberana egipcia se negó a reconocer su autoridad y rehusó acudir, pero, en última instancia, en uno de los episodios más famosos de su biografía, navegó por el río Cidno hasta la ciudad. Antonio reconocía abiertamente que, en aquellos tiempos tan turbulentos, el Imperio tolemaico de Cleopatra constituía la mayor garantía de estabilidad en Oriente, aunque se proponía apoyar a la reina tan solo como una pieza más de la red de monarcas aliados con los que Roma contaba en la región. A pesar de todo, decidió devolver al país del Nilo la extensión que otrora había llegado a tener con los tolomeos, por lo que emprendió una política tendente a expandir las posesiones de Cleopatra por el Levante, Asia Menor y el Egeo. El propio Antonio acudió a Egipto para permitirse unas breves vacaciones en compañía de la reina durante el invierno de 41-40 a. C. Cuando regresó a Roma en primavera, Cleopatra volvía a estar encinta y pronto dio a luz a una pareja de gemelos. Ello no fue óbice para que, una vez en Italia, Antonio se casara con Octavia, la hermana de su colega triunviro Octaviano, lo que, seguramente, daba por concluida la relación con Cleopatra.

Sabemos muy poco de las actividades de Cleopatra durante los tres años siguientes: lo más probable es que se dedicara sencillamente a gestionar su reino y a criar a sus tres hijos. No obstante, en 37 a. C. Antonio regresó a Oriente para ultimar los preparativos de una expedición contra los partos, con la que pretendía dar respuesta a una vieja meta de la política exterior romana. No tardó en convocar a Cleopatra a su cuartel general, establecido en este caso en Antioquía. En el contexto de la reorganización de Oriente todavía en marcha, Antonio decidió ampliar aún más los territorios de la reina, fundamentalmente a expensas de los de otro monarca aliado, Herodes el Grande, célebre en nuestros días gracias al relato cristiano de la Navidad. Repárese en que todos los territorios cedidos a Cleopatra habían pertenecido históricamente a los tolomeos y que Antonio se los donó haciendo uso legítimo de sus poderes como triunviro.

La expedición parto, financiada en buena medida por la propia Cleopatra, se puso en marcha en 36 a. C. La soberana regresó a Egipto nuevamente embarazada y muy pronto dio a luz al que fue su cuarto y último vástago. La campaña resultó un completo desastre y, tan pronto como logró ganar la costa mediterránea, Antonio solicitó a Cleopatra que le enviara dinero y víveres. Al sentirse totalmente desacreditado, es probable que el triunviro creyera que no estaba en disposición de regresar a Roma (de hecho, ya nunca lo hizo) y, en su lugar, viajó hasta Alejandría para reunirse con la reina. Durante dos años más se sucedieron los intentos para orquestar una nueva incursión contra el territorio parto, aunque todos ellos quedaron en agua de borrajas.

En 34 a. C., Cleopatra y Antonio presidieron una ceremonia en Alejandría para formalizar los ajustes territoriales que el romano había decretado en beneficio de la reina y ambos designaron a sus hijos como gobernantes de buena parte de las regiones anexionadas. Sin embargo, aquello no tuvo buena acogida en Roma y el colega triunviro de Antonio, Octaviano, a la sazón el único hombre fuerte en Italia y Occidente, comenzó a tratarlo como a un rival. De hecho, la decisión de Antonio de enviar a Octavia de vuelta a casa mientras él se establecía de manera definitiva con Cleopatra había convertido las disputas políticas entre ambos en una rencilla familiar. Una feroz guerra propagandística, centrada sobre todo en la cuestión de quién era el verdadero heredero de Julio César, estalló entre los dos triunviros. Cleopatra se vio envuelta en ella y todos los prejuicios romanos contra los extranjeros, y en concreto contra las mujeres bárbaras, entraron en escena. Buena parte de las habladurías populares en cuanto a su personalidad y estilo de vida datan de este periodo. Todos estos acontecimientos, de cualquier modo, terminaron derivando hacia una guerra abierta, que Octaviano le declaró a Cleopatra en 32 a. C. La flota tolemaica, de nuevo comandada por la propia reina y acompañada para la ocasión por las tropas terrestres controladas por Antonio, se desplazó hasta la costa oeste de Grecia para evitar que Octaviano atacara Egipto. El enfrentamiento se produjo frente al promontorio de Accio en septiembre de 31 a. C. Ahora bien, Cleopatra, consciente de que la supervivencia del país del Nilo estaba en jaque, se retiró de la batalla junto con sus barcos y regresó a casa, no sin llevarse a Antonio con ella.

De vuelta en Egipto, comprendió que su posición era ya desesperada y trató por todos los medios de huir hacia la India, pero antes se aseguró de que su hijo Cesarión accediera al trono. Antonio, en cambio, comenzó a mostrar tendencias suicidas y se retiró de la vida pública para siempre. Las prolongadas negociaciones entre Octaviano y la pareja se probaron infructuosas y, en el verano de 30 a. C., Octaviano recurrió a la vía militar e invadió Egipto. Cleopatra, al darse cuenta entonces de que Antonio era prescindible y de que toda esperanza de supervivencia para ella o para su reino pasaba por desembarazarse de él, le empujó al suicidio. Sin embargo, poco después comprendió que Octaviano la perdonaría solo para exhibirla como trofeo durante su triunfo en Roma, por lo que ella tampoco tardó en quitarse la vida. En agosto de 30 a. C., el régimen tolemaico tocó definitivamente a su fin.

La bibliografía acerca de Cleopatra VII es formidable, pues los libros que se le han dedicado se cuentan por millares. Sin embargo, dado que la reina constituye en nuestros días un personaje de la cultura popular e incluso de la historia mundial, muchas de estas obras carecen de toda relevancia para

el historiador de la Antigüedad, o, más en general, para toda aquella persona interesada en comprender cómo fue en realidad Cleopatra y cuál fue su papel en el mundo del siglo I a. C. Obviamente, especialistas de muy distintos campos se han interesado por Cleopatra, desde los estudiosos del teatro renacentista a los historiadores del arte, los musicólogos o los cineastas. Los trabajos en torno a Cleopatra desde todas estas perspectivas son totalmente legítimos, pero se aproximan a la soberana como un constructo icónico de la historia cultural y no como un personaje histórico de finales del periodo helenístico. Por ello, en el presente volumen no abordaremos la recepción del mito de Cleopatra: un tema interesante, pero que no tiene nada que ver con la historia de la propia reina, más allá de la mera constatación del alcance del que llegó a gozar su reputación. No obstante, la fuerza de su leyenda es tal que ni siquiera los mejores historiadores de la Antigüedad pueden sustraerse a ella y a menudo se permiten una cita útil tomada de alguna obra de teatro o se abandonan a la discusión en torno a alguna pintura decimonónica. Evidentemente, no se trata de un proceder desatinado, pues la evolución moderna de la tradición grecorromana es parte integrante de los estudios clásicos. Pero, en el caso de Cleopatra, puede ser peligroso, por el sencillo motivo de que los materiales posteriores a la Antigüedad sobrepasan ampliamente los datos existentes que acerca de ella se han conservado de época clásica, con lo que, más que con ningún otro hombre o mujer del mundo antiguo, con Cleopatra corremos el riesgo de perder de vista al personaje histórico, anegado bajo la montaña de su recuerdo. De hecho, algunos de los episodios más célebres de su biografía sencillamente nunca tuvieron lugar. No es cierto que se presentara ante César envuelta en una alfombra, no era precisamente una seductora, no se valió de sus encantos para conseguir que los hombres que la rodeaban perdieran el juicio, ni tampoco murió víctima de la picadura de un áspid. Es posible que ni siquiera concibiera un hijo de César. En cambio, otras facetas importantes de su existencia han quedado oscurecidas por la tradición posterior: poca gente sabe que fue una diestra comandante naval, una célebre autoridad médica y una experta gobernante cuya gestión suscitó los elogios en todo el Mediterráneo oriental; unos elogios que, desde ciertas esferas, pudieron revestirse de tintes mesiánicos, pues Cleopatra encarnó para muchos la esperanza de un Mediterráneo oriental libre de la dominación romana.

UNA NOTA ACERCA DE LAS FUENTES

Por mucho que Cleopatra sea, probablemente, la mujer más célebre de la Antigüedad clásica, las menciones literarias en torno a su vida y su carrera son escasas. Ello se debe, en buena medida, al limitado interés que las muje-

res, incluso las más famosas, tuvieron para la literatura grecolatina, pero también a los esfuerzos por destruir la reputación de la reina puestos en marcha durante la guerra propagandística de finales de la década de 30 a. C. Cerca de medio centenar de autores la menciona, pero la mayoría de sus alusiones son noticias breves y repetitivas acerca de la batalla de Accio, su suicidio o las supuestas rarezas de su carácter. Las informaciones más completas son, al menos, un siglo posteriores a su muerte y, para entonces, la exégesis de Augusto ya estaba bien asentada. Lo cual, lógicamente, dificultó que cualquier autor ulterior pudiera esbozar un retrato equilibrado de la soberana.

Así las cosas, nuestra fuente más completa es la *Vida de Antonio* que Plutarco redactó a finales del siglo I d. C. No se trata de una biografía de Cleopatra, sino del que llegó a ser el hombre más importante de su vida, aunque la presencia de la soberana es ubicua en toda la obra. Plutarco es muy posterior a los acontecimientos de los que trata, pero a menudo se valió de fuentes contemporáneas a aquellos, como Filotas de Anfisa, un amigo de la familia de Plutarco que tenía acceso al palacio real; Nicarco, el bisabuelo del historiador, de quien sabemos que se encontraba en Atenas cuando Octaviano llegó a la ciudad tras la batalla de Accio; Olimpo, el médico personal de Cleopatra; o Quinto Delio, seguramente, la fuente más relevante de todas, pues ejerció de confidente de Cleopatra, Antonio y de Herodes el Grande. Plutarco, desde luego, no era inmune a las visiones tradicionales de la reina que ya estaban plenamente asentadas en su época, pero sus reflexiones son de una gran sagacidad y se presentan respaldadas por los testimonios de numerosos testigos de los hechos. Además, su manejo de fuentes ajenas a la perspectiva augustea otorgó algo más de ecuanimidad a su retrato.

El siguiente testimonio en importancia es la *Historia Romana* de Dion Casio, compilada a principios del siglo III d. C., es decir, mucho tiempo después de los acontecimientos que describe. Dion Casio fue un magistrado público en un mundo en el que las convulsiones y el eventual colapso de la República romana, así como el clima característico de los reinos helenísticos, hacía mucho que ya no eran relevantes y apenas resultaban comprensibles. En consecuencia, su crónica a menudo carece de sutileza y malinterpreta las complejidades del siglo I a. C. Sin embargo, es el único relato continuo que conservamos de la época de Cleopatra, por lo que su importancia es fundamental. Nuestra tercera fuente acerca de la soberana egipcia es Flavio Josefo, contemporáneo de Plutarco y cuyas obras se centraron básicamente en Judea y en los judíos, lo que nos proporciona los únicos datos disponibles de cierto aspecto significativo de la vida de Cleopatra: la relación con Herodes el Grande y las políticas concernientes al Levante meridional. Josefo, por cierto, siguió de cerca a dos autores que, sin duda, escribieron de acuer-

do con sus propias agendas, pero que tuvieron en común haber conocido en persona a Cleopatra: el propio Herodes, que redactó sus memorias; y Nicolás de Damasco, de quien sabemos que ejerció de tutor de los hijos de Cleopatra antes de trasladarse a la corte de Herodes para convertirse en el consejero principal de este y en cronista del reino. Como buen apologeta del monarca judío, y pese a la relación que previamente habían mantenido, Nicolás se mostró particularmente hostil hacia Cleopatra, lo que no obsta para que su testimonio sea extremadamente valioso.

Otros autores añaden ciertos detalles de importancia. Aunque conservamos tanto las memorias de Julio César como las que uno de sus lugartenientes redactó con el título de *De bello alexandrino* (*Guerra de Alejandría*), ninguno de los dos textos presta demasiada atención a la figura de la reina. En cambio, Cicerón, que también la conoció en persona, nos proporciona una semblanza sorprendentemente negativa. Los escritores más célebres del periodo augusteo (Virgilio, Horacio, Propertio y Ovidio) siguieron de cerca la visión políticamente correcta de aquellos años y se mostraron elocuentes en su condena, aunque en las obras de Horacio vislumbramos también cierta admiración. Otros eruditos de la época o posteriores, como Estrabón, Veleyo Patérculo, Valerio Máximo, Plinio el Viejo o Apiano, facilitan detalles ocasionales que no se mencionan en ningún otro sitio. Por último, detectamos tenuis indicios de una tradición favorable a la reina preservada al margen de la versión augustea de los acontecimientos, gracias a los vestigios conservados de la crónica histórica de Sócrates de Rodas, seguramente un miembro de la corte de la reina alejandrina, y de la *Líbica*, redactada por Juba II de Mauritania, yerno de la reina. Y, por supuesto, las inscripciones, las monedas y (dado que trataremos de Egipto) los papiros nos ofrecen una cantidad significativa de datos valiosos, acordes con el punto de vista de la propia Cleopatra. Todo lo cual no es óbice para que el grueso de la evidencia literaria disponible derive de Plutarco, Josefo y Dion Casio. Y, sin embargo, la imagen de Cleopatra predominante en nuestros días se basa, en buena medida, en las recreaciones de su trayectoria posteriores a la Antigüedad, en especial las representadas en el teatro y no en los datos que conservamos de su época.

NOMBRES PERSONALES Y GEOGRÁFICOS

El empleo de topónimos y antropónimos antiguos es una cuestión compleja que no admite respuestas obvias. La transmisión de nombres propios de un idioma a otro, y también de una escritura a otra, origina numerosas dificultades. Este problema, generalizado en los estudios clásicos, se torna especialmente grave en todo lo referido a Cleopatra, pues la opulenta tradición

moderna ha afianzado formas populares como «Antonio» (en lugar de Antonius) o «Pompeyo» (en vez de Pompeius) que no derivan directamente de la Antigüedad y que seguramente no puedan retrotraerse más allá del siglo XVI. Aunque todavía resultan más problemáticos los nombres locales, recogidos por la tradición griega o latina y, acto seguido, traducidos al español, a menudo de forma inadecuada. Es más, el Mediterráneo oriental tardohelenístico fue una región caracterizada por una asombrosa diversidad lingüística (recuérdese que la propia Cleopatra dominaba varios idiomas) y unos mismos nombres propios podían llegar a adoptar distintas formas. Así, por ejemplo, el nombre de Malicos, el rey de Nabatea, también podía escribirse Malcos, Malcus o Malicus, dependiendo del idioma y de la ortografía de la fuente escrita, variantes todas ellas del antropónimo original Maliku (*mlkw* o *mnkw*). Los nombres egipcios, de hecho, pueden confundir aún más, dado que se pueden transliterar de acuerdo con una amplia gama de sistemas divergentes.

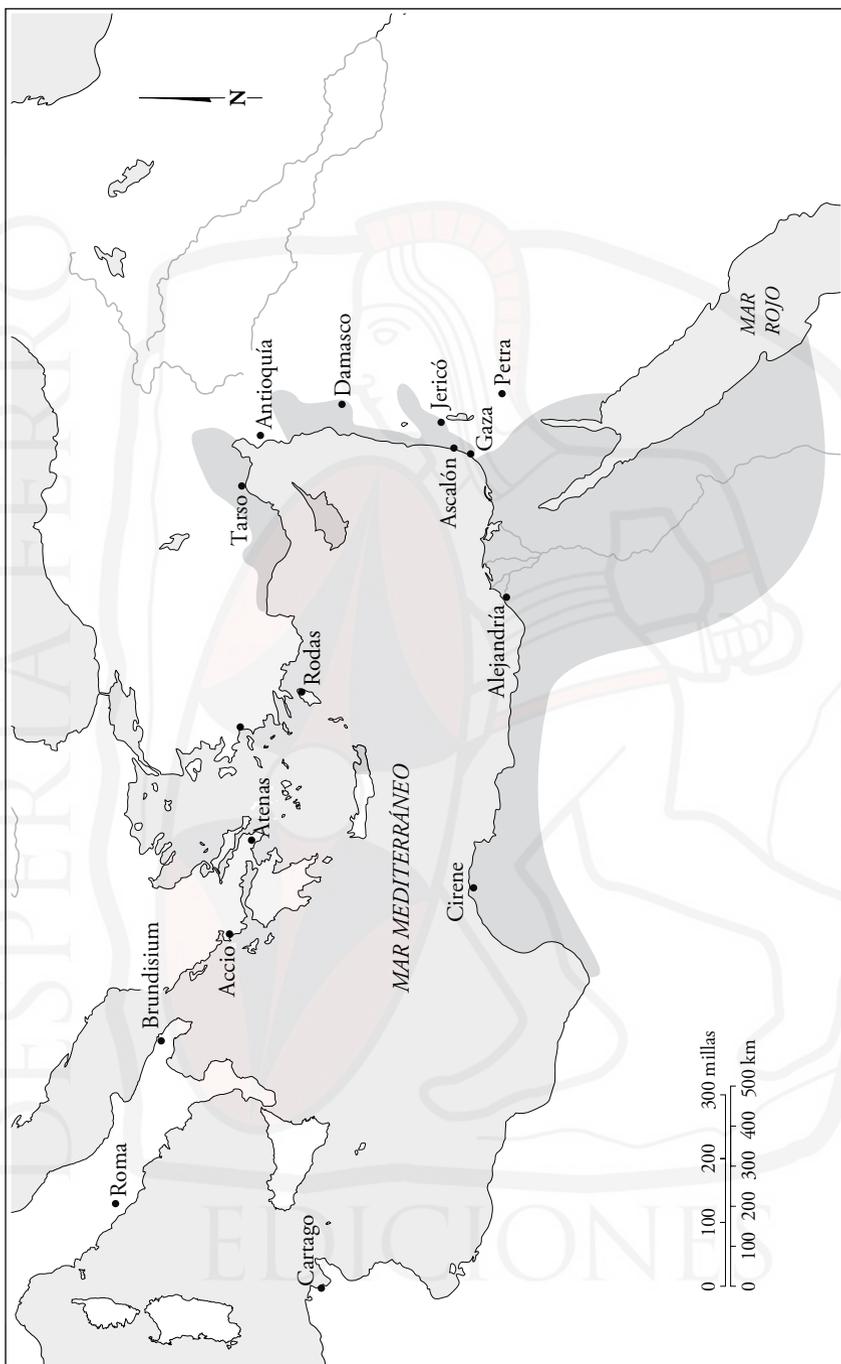
Aunque no sin reticencias, el autor de estas líneas ha adoptado la ortografía más habitual en castellano para todos los nombres antiguos. Cualquier sistema, al fin y al cabo, está repleto de dificultades e inconsistencias y ha de reconocerse que los constructos modernos pueden llegar a resultar más útiles que la transliteración más exacta.*

Debe aclararse también que Octaviano, el sobrino nieto y heredero de Julio César (y el adversario romano de Cleopatra) asumió el nombre de Augusto en 27 a. C. Aunque la mayoría de las ocasiones en las que aludamos a su persona se referirá a momentos previos a 27 a. C., para los acontecimientos posteriores a dicha fecha emplearemos este último nombre.

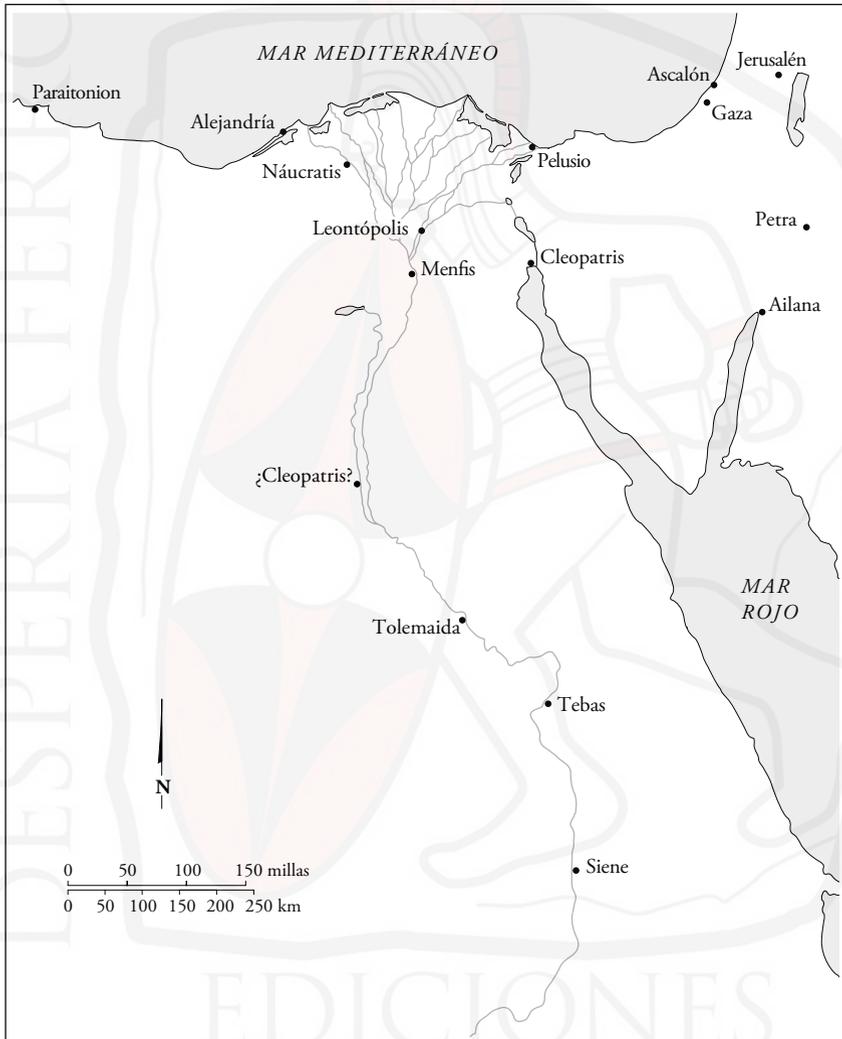
NOTAS

1. Virgilio, *Eneida* 8.688.
2. Syme, R., 1960, 275.
3. Malalas 9.219; Plutarco, *César*, 49.1.
4. Plutarco, *Antonio*, 27.2.
5. *Ibid.*, 83.
6. *Ibid.*, 29.

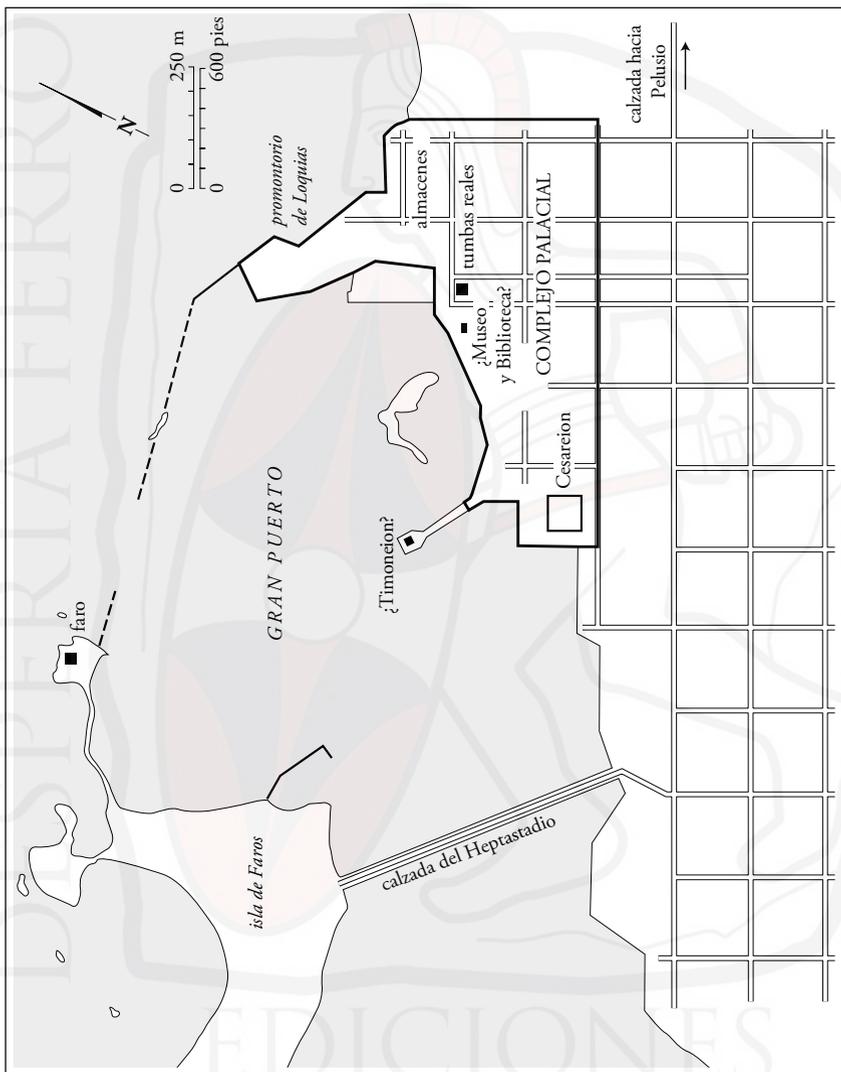
* N. del T.: En la edición original inglesa, el autor ha adoptado la ortografía más habitual en inglés para los nombres antiguos más célebres (Cleopatra, Tolomeo, Herodes), en lugar de recurrir a transliteraciones directas de los antropónimos originales (Kleopatra, Ptolemaios, Herodes), así como los nombres menos comunes que carecen de forma inglesa aceptada se han transliterado de la manera más directa posible. En esta edición, se han castellanizado todos los nombres, algo que, por otra parte, es normativo.



Mapa 1: El reino de Cleopatra en su momento de apogeo.



Mapa 2: Egipto en tiempos de Cleopatra.



Mapa 3: Alejandría en tiempos de Cleopatra.

1

LOS ANTEPASADOS DE CLEOPATRA Y EL CONTEXTO HISTÓRICO

Cleopatra VII, la última reina griega macedonia de Egipto, descendiente de un extenso linaje de monarcas tolemaicos, nació en torno a principios de 69 a. C.¹ Su padre, Tolomeo XII, era apodado despectivamente, y acaso injustamente, el Flautista, o incluso el Charlatán.² Llevaba ya en el trono una década cuando Cleopatra, la segunda de sus tres hijas, vino al mundo. Desconocemos la identidad de su madre, aunque es probable que se tratara de una mujer perteneciente a la familia de sacerdotes egipcios de Ptah que también contara con algún ancestro macedonio.³

Así pues, por las venas de Cleopatra corrían tres cuartas partes de sangre macedonia y una cuarta parte egipcia y fue, con toda probabilidad, su madre medio egipcia quien instiló en ella la comprensión y el respeto por la cultura y la civilización locales de las que habían carecido sus predecesores tolemeos, que incluía la propia capacidad de hablar el idioma egipcio. Pese a todo, Cleopatra dio siempre más valor a su herencia tolemaica, heredada a través de sus dos progenitores y profundamente enraizada en la cultura griega. La futura soberana, no en vano, podía remontar su linaje hasta, al menos, dos de los compañeros de Alejandro Magno. Era descendiente directa del primer tolemeo, su tatarata-tatarata-tatarabuelo, que se había contado entre los amigos de la infancia de Alejandro y, más tarde, entre sus principales consejeros y comandantes durante la larga campaña oriental.⁴ En los convulsos días que siguieron a la muerte de Alejandro en 323 a. C., a Tolomeo se le asignó Egipto como provincia, posición que no dudó en consolidar sustrayendo el cadáver de Alejandro para terminar depositándolo en la nueva ciudad de Alejandría. Antes de fallecer en 283 a. C., redactó la crónica definitiva de las hazañas de Alejandro. Casi un siglo después, su tataranieta Tolomeo V se desposó con Cleopatra I, también descendiente de uno de los compañeros de Alejandro, pues su tatarabuelo no era otro que Seleuco I,⁵ otro de los compañeros de la niñez de Alejandro que desempeñaron un papel prominente durante la campaña oriental.

Tras la muerte del monarca macedonio, Seleuco terminó estableciéndose en la costa siria, donde, en 300 a. C., fundó la célebre ciudad de Antioquía, así bautizada en honor a su padre y en torno a la que creó la otra gran dinastía helenística, la seléucida. Tal dinastía, en su momento de apogeo, llegó a controlar un inmenso territorio que se extendía hasta la India. En la década de 190 a. C., tolomeos y seléucidas unieron sus destinos con el matrimonio de Tolomeo V y Cleopatra I.⁶

De este modo, fueron los seléucidas quienes introdujeron en la dinastía tolemaica el distinguido nombre de Cleopatra, que detentaron otras cinco mujeres de la dinastía hasta llegar a la última Cleopatra egipcia.⁷ Pero no perdamos de vista que, en última instancia, el nombre se retrotraía a la propia familia de Alejandro, cuya hermana, así llamada, desempeñó un papel clave en la compleja biografía del monarca macedonio: fue en la boda de su hermana Cleopatra cuando el padre de ambos, Filipo II, fue asesinado.⁸ Es más, el nombre puede rastrearse incluso en la mitología, pues identificaba, entre otras, a la esposa de Meleagro, el protagonista de la célebre cacería del jabalí de Calidón. Cleopatra VII se crio, seguramente, escuchando los relatos de sus ilustres tocayas históricas y mitológicas. Y, si realmente descendía también de los sacerdotes de Ptah, semejante circunstancia añadiría aún más distinción a su linaje. Al antiguo dios se le venía asociando a los gobernantes griegos de Egipto desde la época del propio Alejandro y, de hecho, esta conexión se argüía con frecuencia como una de las principales fuentes de legitimación de los tolomeos.⁹

Que sepamos, Cleopatra VII tuvo cuatro hermanos.¹⁰ Sus dos hermanas fueron Berenice IV y Arsínoe IV. Las tres hijas de Tolomeo XII, por ende, recibieron los tres nombres femeninos preponderantes en la dinastía. Berenice, la hija mayor, y probablemente la única nacida de Cleopatra VI, la esposa oficial del rey, fue aupada al trono por una facción mientras su padre se hallaba en el exilio en la década de 50 a. C., pero este la mandó ajusticiar tan pronto como regresó al país del Nilo. Arsínoe, la hermana más joven, recibió de Julio César el título de reina de Chipre (cargo que, por cierto, nunca llegó a ejercer), mas, en cuanto comenzó a congregar a su alrededor a la oposición a Cleopatra, se vio obligada a exiliarse en Éfeso, donde Antonio la ordenó asesinar a instancias de Cleopatra en 41 a. C. Igualmente, los dos hermanos varones de nuestra protagonista, Tolomeo XIII (nacido en 61 a. C.) y Tolomeo XIV (nacido en 59 a. C.) cayeron víctimas de las pretensiones dinásticas de esta. Aunque ambos gobernaron junto con ella durante breves periodos, la reina no dudó en precipitar sus respectivas muertes

a lo largo de la década de 40 a. C. En resumen, ni uno solo de los cinco vástagos de Tolomeo XII falleció de muerte natural. Cleopatra, sin lugar a dudas, vivió unos tiempos difíciles. El Imperio tolemaico colapsaba y la estrella de Roma se encontraba en franco ascenso, aunque la República atravesaba también por serios problemas. Cleopatra, de niña, desconocería que su padre sería el último rey varón significativo de la dinastía, así como que las tensiones dinásticas la llevarían a ella misma a ser la causante de la muerte de tres de sus cuatro hermanos. Asimismo, la reina dio a luz a cuatro potenciales herederos, pero ninguno de ellos llegó a sucederla en el trono.

El padre de Cleopatra, a su vez, había nacido en los últimos años del siglo II a. C., en medio de una época turbulenta en la que la intervención romana sobre la política tolemaica se estaba intensificando.¹¹ No sucedió directamente a su padre, Tolomeo IX, sino que, a la muerte de este último, se produjo una compleja pugna dinástica que duró casi un año, algo bastante habitual en el universo tolemaico. Tolomeo IX, fallecido a finales de 81 a. C., fue sucedido por su hija Cleopatra Berenice III (hermanastra de Tolomeo XII). Aunque, al verano siguiente, una facción hostil al gobierno en solitario de una mujer terminó obligándola a aceptar que rigiera junto con su primo e hijastro de 19 años Tolomeo XI, a quien tomó como esposo. Detrás de todos estos movimientos se encontraba el dictador romano L. Cornelio Sila, que, por entonces, se hallaba en el momento culmen de su poder y que durante años había mantenido a Tolomeo XI en Roma tratándole como a un protegido.¹² Sila, recordemos, tenía muchas conexiones entre las monarquías locales, especialmente en el norte de África y en Asia Menor, y fue uno de los primeros romanos en tratar de sistematizar el destino de los diversos reinos que rodeaban las provincias romanas. En cualquier caso, el matrimonio de Tolomeo XI con su madrastra de 36 años no le debió de resultar particularmente satisfactorio, pues, menos de un mes después de la boda, la reina murió a manos del rey, que también perdió la vida en los subsiguientes disturbios.

La muerte de tres gobernantes en pocos meses dejó un vacío de poder que los romanos se mostraron más que dispuestos a subsanar. De hecho, la intervención romana contaba con cierto respaldo jurídico, pues, o bien Tolomeo XI o, más probablemente, su padre Tolomeo X—que reinó hasta su derrocamiento en 88 a. C. y murió poco después mientras trataba de recuperar su trono—había legado el reino a Roma como garantía de sus deudas.¹³ Resultaba verosímil que Roma invocara dicho testamento y se anexionara Egipto, pues, a la altura de 80 a. C., quedaban ya pocos

tolomeos capaces de preservar la dinastía. Tolomeo XI había muerto sin descendencia y Tolomeo IX había tenido dos hijos varones, pero ninguno de ellos legítimo. Como sucede con la madre de Cleopatra VII, desconocemos quién fue la madre de estos: es posible que también perteneciera a la élite sacerdotal egipcia, pero los datos disponibles son todavía más oscuros que los referentes a la progenitora de nuestra protagonista. A uno de estos hijos ilegítimos le fue concedido Chipre, que rigió durante veinticinco años con el nombre de Tolomeo de Chipre. El otro, Tolomeo XII, el futuro padre de Cleopatra, se convirtió en rey de Egipto. Ahora bien, a diferencia de lo que le sucedió a su hija, la filiación de Tolomeo XII fue cuestionada durante el resto de su vida, hasta el punto de que, a menudo, se le motejó *nothos*, «bastardo», lo que, de ser cierto, no hubiera significado otra cosa que la constatación de que, como la propia Cleopatra, el rey tenía sangre egipcia.¹⁴ También recibió el epíteto Auletes [Flautista], inspirado en su adopción del título Nuevo Dioniso y en sus supuestas actuaciones durante los festivales dionisiacos.¹⁵ Se casó con su hermana, Cleopatra VI, y es probable que tuviera relaciones con al menos una mujer de la familia que ostentaba el sacerdocio hereditario de Ptah. Engendró cinco hijos: Berenice IV, Cleopatra VII, Tolomeo XIII, Tolomeo XIV y Arsínoe IV. Como vástagos del Nuevo Dioniso, todos ellos podrían haberse considerado descendientes de un dios,¹⁶ pero no tenemos evidencias de peso de que ninguno llegara a ser deificado en vida, aunque Cleopatra siempre fue objeto de una veneración propia de una diosa.¹⁷ El nuevo rey, en cualquier caso, era joven cuando ascendió al trono, pues contaba tan solo unos 20 años, y los rumores acerca de su indolencia y su afición al lujo no tardaron en circular, acaso como reflejo de un genuino desapego por los asuntos de gobierno y por todo lo relativo a la política global, motivado, quizá, por la clara consciencia de que había llegado al trono tras el descarte de todas las demás opciones posibles. Es muy probable que se tomara más en serio sus funciones sacerdotales, de hecho sus retratos muestran una cierta dignidad. Los retratos en las monedas, sobre todo, resultan llamativamente similares a los de su hija Cleopatra VII.¹⁸

Los primeros años de su reinado, en los que, entre otras cosas, nació nuestra protagonista, fueron tranquilos. Pero la situación que el rey había heredado continuaba siendo arriesgada. La población de Alejandría (cuyas distintas facciones respaldaban a otros potenciales gobernantes, vivos o muertos, y defendían los intereses egipcios y la implicación romana, o bien criticaban esta última) había mostrado ya previamente su disposición a intervenir con violencia en las cuestiones de Estado. Además, la progresiva presencia de Roma, articulada a través de distintos ámbitos



Figura 1: Cabeza de mármol de Tolomeo XII, llamado «Auletes» [Flautista], faraón de la dinastía tolemaica (80-58 a. C. y 55-51 a. C.) y padre de la futura Cleopatra VII.

financieros y políticos, resultaba ominosa. Es más, el desencanto con los tolemeos en su conjunto era creciente. Y la imagen del monarca como un tímido flautista bastardo, por mucho que tuviera más de maledicencia que de realidad, en definitiva no ayudaba a tranquilizar las cosas.

A finales de 69 a. C., la esposa oficial de Tolomeo, Cleopatra VI, perdió su favor. Desconocemos los detalles al respecto, pero a partir de esa fecha la consorte desapareció de los documentos y de las inscripciones, en los que no reapareció hasta más de una década después.¹⁹ Tal alejamiento acaeció apenas unos meses después de que otra madre diera a luz a la futura Cleopatra VII, pero no sabemos si las relaciones extramatrimoniales de Tolomeo tendrían algo que ver en la fortuna de su esposa. Fuera como fuese, el episodio constituye un nuevo indicador de inestabilidad y, aunque nada sabemos acerca de las relaciones personales del monarca durante los años inmediatamente posteriores, lo cierto es que sus tres hijos menores nacieron en ausencia de la reina.

Para entonces, Egipto se había convertido en un tema de conversación habitual en Roma. Es difícil, sin embargo, sintetizar en pocas líneas la situación que por aquellos años se vivía en la urbe y la forma en la que dicho contexto afectaba a Egipto.²⁰ Desde su victoria definitiva sobre Cartago ochenta años antes, Roma se había convertido en una potencia mundial, cuyos territorios se extendían a lo largo y ancho del Mediterráneo. Esta evolución, sin embargo, no había dado lugar a ningún cambio institucional significativo: Roma continuaba operando como una ciudad Estado centroitálica, tal y como lo llevaba haciendo sin apenas variaciones en los últimos siglos, y no estaba preparada para funcionar como una potencia global. Sus amplias conexiones, en todo caso, le reportaban vínculos con muchos otros Estados, comenzando por los reinos griegos que habían cristalizado tras los tiempos de Alejandro Magno. En el Mediterráneo occidental también coexistían otros reinos indígenas, no griegos, aunque, a menudo, fuertemente influidos por la cultura helena. Desde el siglo II a. C. todos ellos contemplaban a Roma como la gran potencia emergente en el Mediterráneo. Los reyes enviaban a sus hijos a Roma para que se les educara, acudían ellos mismos a la urbe como refugiados ante las potenciales crisis e incluso cedían en testamento sus Estados a la República para convencer a sus respectivos familiares de la futilidad de cualquier intento de usurpación.²¹

Por su parte, el interés que Roma sentía por todos estos reinos no era solo una cuestión de política global, sino también de finanzas, pues los recursos de los que disponían todos estos monarcas excedían de largo los ingresos de la urbe. Incluso tras la aceptación en 130 a. C. del legado de Átalo III de Pérgamo, que supuso para la República no solo la anexión de importantes territorios, sino también unos inmensos ingresos que resultaron sumamente útiles en los difíciles años posteriores a las Guerras Púnicas, Roma continuaba contemplando a los reyes

con codicia. Sin embargo, el obsoleto gobierno de la urbe carecía de instrumentos efectivos para hacer frente a las necesidades. El antiguo sistema de magistraturas electivas a corto plazo no operaba con eficiencia en un Estado cuyos territorios se extendían de un extremo al otro del Mediterráneo. Los generales enviados a las provincias más lejanas no tenían casi tiempo para familiarizarse con las peculiaridades de sus cargos antes de que estos tocaran a su fin y apenas disponían de fondos para cumplir con sus responsabilidades, salvo que emplearan para ello las riquezas de los locales. De hecho, el servicio en las provincias se convirtió en una forma habitual de labrarse una fortuna, ya fuera mediante métodos legales o ilegales, fortuna que, a su vez, el agraciado podía emplear para impulsar su carrera política. En suma, los magistrados estacionados en los límites del territorio romano contemplarían con avidez las riquezas de los reinos aledaños, acaso preguntándose qué parte de aquellos recursos serían capaces de conseguir para Roma y para ellos mismos. Los monarcas, por su lado, se verían atrapados en un callejón sin salida: Roma constituía una fuente indispensable de protección y estabilidad, pero en cualquier momento podía acabar con ellos y con sus reinos. Y la naturaleza errática de la política interna romana no facilitaba las cosas, pues, el mismo líder político que un año alcanzaba una posición prominente, al año siguiente podía verse relegado al ostracismo. Algunos incluso acababan exiliados en provincias remotas en las que la extorsión a sus vecinos se convertía en la única manera de recaudar fondos para forzar el regreso; unos fondos que, por ejemplo, podían emplear para movilizar ejércitos privados que colaboraran en la restitución. Y, de la misma manera que los distintos líderes ganaban y perdían preeminencia, otro tanto sucedía con quienes los apoyaban: si un prócer romano que en su momento había protegido o apoyado a un rey caía en desgracia, este último se convertía al punto en presa fácil para sus oponentes. Irónicamente, todos los monarcas que buscaron el apoyo romano para estabilizar y preservar sus reinos desataron un proceso que a menudo se prolongó durante varias generaciones, pero que condujo a los Estados a la ruina de forma ineludible.

Inevitablemente, el siglo I a. C. presenció el despegue de toda una serie de poderosos líderes políticos romanos que trataron de instrumentalizar los defectos del sistema para su propio medro personal y político. Algunos son bien conocidos, como Cneo Pompeyo Magno, Marco Tulio Cicerón, Julio César o Marco Antonio. La mayoría de ellos, en un momento u otro se preocuparon por la cuestión egipcia. En 65 a. C., el censor M. Licinio Craso propuso que Egipto pasara a

situarse bajo el control directo romano, puede que arguyendo como pretexto el testamento tolemaico preexistente.²² El principal motivo de su moción, no obstante, era económico, pues Egipto representaba para Roma una inmensa fuente potencial de riquezas. Cicerón, sin embargo, entendió que el proyecto de Craso no respondía sino a su avaricia, por lo que arguyó que no era recomendable que Roma se involucrara en el inestable escenario egipcio. Su elocuencia, de hecho, resultó clave en la desestimación de la iniciativa. Aunque Tolomeo XII, como rey de Egipto, comprendió la amenaza implícita de todo aquel asunto y recurrió a la única baza que le quedaba: la retribución económica a los romanos más prominentes, una estrategia bastante habitual para los reyes bárbaros en su situación pero que, pese a sus inmensas riquezas, pronto le hizo incurrir en fuertes deudas. Sus contactos se centraron en un romano en particular, el viejo conocido Cneo Pompeyo Magno, que, en aquellos momentos, se encontraba en el momento álgido de su carrera. Pompeyo había ganado relevancia durante sus campañas en África e Hispania y había alcanzado el consulado siendo aún muy joven en 70 a. C., con Craso como colega; en 66 a. C había sido comisionado para solventar la enconada guerra que Roma libraba en el norte de Asia Menor contra Mitrídates el Grande del Ponto, que ya llevaba varios años causando dificultades. Durante los primeros pasos de esta campaña, o quizá justo antes de que comenzara, Pompeyo pudo haber visitado Egipto, donde Tolomeo le habría recibido con gran boato.²³ Tras neutralizar con éxito a Mitrídates, Pompeyo se trasladó a Siria, donde disolvió el reino seléucida y se anexionó los territorios que aún le quedaban a este. En 63 a. C. se hallaba en Damasco, convenientemente próximo a Egipto, cuando le abordaron unos emisarios de Tolomeo para ofrecerle una valiosa corona de oro, símbolo de que el monarca egipcio reconocía su autoridad. Es más, los embajadores también se brindaron a financiar su siguiente empresa, una operación en Judea,²⁴ e incluso le invitaron a continuar hasta Egipto para sofocar la agitación que se había apoderado del país, oferta esta última que, sin embargo, Pompeyo, declinó.

Y es que a Tolomeo su prodigalidad le había terminado resultando cara, tanto en lo que se refiere a la creciente inestabilidad interna como al progresivo interés romano. Hasta nosotros llegan noticias aisladas de disturbios acaecidos en Egipto a lo largo de la década de 60 a. C.²⁵ El historiador Diodoro, que visitó Egipto precisamente en aquella época, presenció cómo un sujeto que había cometido sacrilegio por accidente al haber dado muerte a un gato desataba un motín y era linchado por la multitud, incidente de lo más significativo dada la incapacidad para in-

tervenir de los magistrados gubernamentales que habían sido enviados sobre el terreno.²⁶ Los impuestos aumentaron, lo que a su vez alimentó huelgas agrícolas en las granjas: como solía suceder en tiempos de excesos financieros y grandes empresas ultramarinas, los pobres resultaron los más perjudicados. Al parecer, el dinero necesario para sufragar las deudas del monarca fue recaudado por la fuerza. Incluso se fundió para ello el sarcófago de oro en el que reposaban los restos de Alejandro Magno.²⁷ En 63 a. C., los disturbios llegaron a tal punto que Tolomeo hubo de dictar una orden para prohibir que las personas no autorizadas accedieran a los tesoros de los templos. Sus gastos, en todo caso, pronto le obligaron a endeudarse todavía más, para lo que recurrió al famoso banquero romano C. Rabirio Póstumo.²⁸

Tales estrecheces económicas no le impidieron a Tolomeo continuar anegando Roma con sus riquezas. Tras Pompeyo, el siguiente objetivo fue Julio César, cónsul en 59 a. C., que allanó el camino para que el monarca egipcio fuera reconocido oficialmente como amigo y aliado de los romanos. Como dictaba la tradición, el nombramiento fue registrado en el Capitolio en forma de tratado oficial.²⁹ Es probable que también se le confiriera entonces a Tolomeo la ciudadanía romana, si es que su familia no la detentaba ya anteriormente. Este importante privilegio otorgaba a sus poseedores ciertas prerrogativas, tales como el acceso al sistema legal romano o la creación de un vínculo útil entre quienes ejercían el poder en los márgenes del territorio romano y el gobierno de la urbe. Puede que Tolomeo creyera que sus problemas se resolverían por sí solos gracias a estas concesiones, pero, de ser así, subestimó gravemente las complejidades del escenario político en el que se había involucrado. Poco después, los romanos se anexionaron Chipre, gobernado a la sazón por su hermano Tolomeo de Chipre, y parte integrante del reino tolemaico desde que se había creado este. Como de costumbre, el dinero fue el factor fundamental de este nuevo movimiento: no en vano, M. Porcio Catón fue designado para llevar la operación a efecto y se le impartieron instrucciones específicas para apoderarse del tesoro real. Tolomeo XII mantuvo un clamoroso silencio ante la caída de su hermano. En cuanto a Tolomeo de Chipre, se le ofreció un exilio interior como sacerdote de Apolo en Pafos, aunque, en lugar de ello, optó por quitarse la vida. Su antiguo reino se convirtió así en territorio romano.³⁰

El incidente de Chipre acabó con la poca credibilidad que le quedaba a Tolomeo XII en su reino. El descontento y la oposición a su reinado, en especial ante su incapacidad para proteger los tradicionales

feudos tolemaicos y mantenerlos a salvo de los romanos, crecieron hasta el punto de precipitar su expulsión o, lo que es más probable, su partida voluntaria de Egipto durante el verano de 58 a. C. Quizá le animó a hacerlo Pompeyo, a quien sabemos que se le acusó de haber creado un vacío de poder en Egipto que le permitiera conseguir un nuevo mandato con el que continuar progresando en su carrera política.³¹ Tolomeo, en todo caso, le pidió todavía más dinero a Rabirio Póstumo para hacerse a la mar con la pompa y el boato dignos de un rey y puso rumbo a Rodas, el cuartel general de Catón, el cual le amonestó por haberse inmiscuido tanto en la política romana y por haber abandonado su reino. De seguir así, le dijo, Egipto terminaría siendo absorbido por Roma. Tolomeo, convencido, decidió regresar a Egipto, pero sus consejeros le disuadieron de ello. Con el tiempo, no obstante, las palabras de Catón se probarían proféticas. Así pues, el monarca puso rumbo a Atenas, ciudad que, desde los primeros tiempos de la dinastía, venía manteniendo una estrecha relación con los tolemeos, materializada por ejemplo en el festival de los Tolemaia.³² Allí dedicó un monumento a su padre, Tolomeo IX, y a su hermanastra Cleopatra Berenice III.³³ Es posible que su hija de 11 años, Cleopatra VII, le acompañara durante al menos esta primera parte del viaje, en cuyo caso ella sería la «princesa libia» cuya sirvienta fue conmemorada en una lápida del periodo.³⁴ Tras su paso por Atenas, puede que Cleopatra también acompañara a su padre hasta Roma y se zambullera, a tan corta edad, en el dinámico entorno que tanta importancia tuvo en su futura carrera.³⁵ Cuando Tolomeo arribó a la urbe, sabemos que se alojó en la villa que Pompeyo poseía en los montes Albanos, próxima al gran santuario de Fortuna Primigenia en Praeneste, y que permaneció allí durante casi un año. Muy pronto, hubo de pedirle todavía más dinero prestado a Rabirio Póstumo.

Con la expulsión o el exilio voluntario de Tolomeo en 58 a. C., su hermana y esposa Cleopatra VI, cuyo paradero durante la década previa ignoramos, emergió de la oscuridad, quizá para representar a su esposo y oponerse a su hija, Berenice IV, quien, en estas fechas, trató de hacerse con el trono. Las circunstancias no están claras, pero Berenice era por entonces la única hija de Tolomeo XII próxima a la edad adulta y puede que en torno a ella se congregara la facción opuesta al rey. Es posible que madre e hija gobernaran conjuntamente durante un tiempo, pues conservamos un papiro que alude a «las reinas» (y que incidentalmente nos ofrece una instantánea del ambiente caótico del periodo, pues refiere la celebración de una manifestación pública que demandaba a las soberanas que intervinieran contra sus funciona-

rios corruptos).³⁶ Pudiera ser que las reinas comenzaran a cogobernar en buena sintonía y terminaran como rivales. No sabemos con certeza cuándo se produjo la muerte de Cleopatra VI: puede que tuviera lugar a principios de 55 a. C., poco antes del regreso de su esposo, pero las evidencias al respecto son objeto de controversia.³⁷ El fallecimiento, en cualquier caso, dejó a Berenice gobernando en solitario, circunstancia que había tenido un solo precedente en toda la era tolemaica. Si fue entonces cuando la futura Cleopatra VII regresó a la corte, fue todo esto con lo que se encontró.

Mientras, los romanos debatían qué hacer con Tolomeo, que permanecía cómodamente alojado en la villa de Pompeyo. No se trataba del primer monarca que había huido a Roma para escapar de las dificultades: su propio abuelo, Tolomeo VIII, había realizado varios viajes a la urbe y otro tanto había sucedido con el célebre rey nómida Jugurta. Herodes el Grande hizo lo mismo veinte años después. Pero, en el caso de Tolomeo XII, el elevado endeudamiento con los banqueros romanos suponía que su supervivencia política no fuera precisamente una cuestión menor para Roma, pues la mejor manera de garantizar la devolución de tan colosales sumas era facilitar la restauración, que le daría así acceso nuevamente al tesoro egipcio. El Senado, por tanto, se mostró inclinado desde un principio por esta línea de actuación. De hecho, a uno de los cónsules del año 57 a. C., P. Léntulo Espínter, se le encomendó esta tarea como parte de su mandato proconsular del año subsiguiente, aunque Tolomeo hizo saber en la urbe que hubiera preferido que fuera Pompeyo quien se encargara del asunto. Pero la posición del monarca en Roma quedó muy debilitada cuando sus asesinos acabaron con una embajada enviada desde Alejandría para hablar en su contra. El líder de la legación, el filósofo Dion, sobrevivió y fue convocado por el Senado, pero Tolomeo, por intermediación de Pompeyo, logró evitar que hablara y poco después acabó también con su vida. Pese a todo, Tolomeo todavía contaba con el respaldo de figuras muy influyentes en Roma y logró que el asunto fuera rápidamente silenciado.³⁸

Ambos bandos recurrieron asimismo a los presagios. Al parecer, un rayo golpeó por aquellas fechas la estatua de Júpiter de los montes Albanos, seguido por un conveniente oráculo sibilino, promulgado por Catón, que ordenó a los romanos ofrecer amistad, pero no socorro armado. La interpretación de tan enigmáticas palabras sembró la confusión en el Senado, cuyos miembros vacilaban entre enviar a Léntulo Espínter a restaurar a Tolomeo sin respaldo militar alguno, o bien sencillamente enviar al egipcio de vuelta a su patria acompañado de una

minúscula escolta romana. El monarca, al comprender que aquello no iba a llegar a ninguna parte, solicitó lo segundo. Pero, cuando incluso esta opción se le denegó, se apresuró a abandonar Roma, seguramente a finales de 57 a. C., y solicitó asilo en el templo de Artemisa en Éfeso.

Mientras tanto, en Alejandría, la muerte de Cleopatra VI durante el exilio de su esposo había dado lugar a una situación embarazosa, ya que la reina superviviente, Berenice IV, no estaba casada. Tal y como había sucedido con su tía, Cleopatra Berenice III, se emprendió al instante la búsqueda de un marido para la soberana. En su caso, el proceso resultó entorpecido por una serie de acontecimientos tragicómicos: un candidato falleció, otro fue detenido por Aulo Gabinio, el gobernador romano de Siria, y el tercero resultó ser tan inaceptable para Berenice que la reina ordenó la inmediata ejecución. El cuarto, un tal Arquelao, fue quien terminó logrando la mano de Berenice. Las fuentes son contradictorias con respecto a su linaje, aunque sabemos que se decía descendiente de Mitrídates el Grande y que resultó ser un protegido de Pompeyo.³⁹

De cualquier manera, los romanos no se desentendieron de Tolomeo XII. Aunque Arquelao y Berenice parecían firmemente asentados en el trono egipcio una vez que el primero fue aceptado como rey, los banqueros romanos, encabezados por Rabirio Póstumo, sabían que la restauración de Tolomeo era lo único que podía salvarles de la bancarrota. Así pues, las discusiones acerca de la conveniencia o no de socorrer al monarca dieron lugar a auténticos disturbios en Roma, espoleados no tanto por una genuina preocupación por el futuro de Tolomeo, como por las maquinaciones de los magnates que ostentaban el poder, entre cuyos intereses figuraba el futuro de Egipto.⁴⁰ Léntulo Espínter, instalado en su mandato proconsular en Cilicia (sudeste de Asia Menor), a pesar de las instrucciones y de las airadas exhortaciones de Cicerón, evitó involucrarse en el asunto. Pompeyo, sin embargo, contactó con Gabinio, el gobernador de Siria, para que facilitara la restauración del monarca y logró convencerle, entre otras cosas, gracias a los 10 000 talentos que Tolomeo no tuvo reparos en ofrecerle. Gabinio, pues, emprendió los preparativos para invadir Egipto, una actuación ilegal que le acarreó serios problemas en Roma.⁴¹

La expedición partió durante la primavera de 55 a. C. Entre el personal más próximo a Gabinio se encontraba el joven Marco Antonio, que por entonces ejercía de comandante de caballería en su primer cargo provincial. A su paso por Judea, el ejército contó con el apoyo del sumo sacerdote Hircano II, que ordenó al pudiente Antípatro de Ascalón que facilitara víveres a Gabinio, algo que el magnate local hizo

con prodigalidad.⁴² Antípatro fue un personaje relevante en la política regional del periodo, pero hoy lo conocemos sobre todo por ser el padre de Herodes el Grande, que por entonces rondaría los 15 años y, como mínimo, observaría con curiosidad el paso de los romanos, si es que no colaboró de forma activa en el avituallamiento. Al igual que Cleopatra, el futuro rey de Judea estaba siendo testigo desde su niñez de una serie de acontecimientos que terminaron determinando su política.

Cuando la expedición alcanzó Egipto, Antonio se distinguió en las dos batallas subsiguientes y evitó que Tolomeo ordenara la masacre de los habitantes de Pelusio. El propio rey Arquelao perdió la vida en la segunda batalla, pero Antonio impidió que el cadáver fuera profanado y le prodigó un entierro regio, algo que, con el tiempo, pareció un irónico presagio de los acontecimientos que se desencadenaron veinticinco años después. En abril, Tolomeo XII fue restaurado en el trono y recuperó a su familia, incluyendo a una Cleopatra de 14 años que pudo quedar impresionada por los oficiales romanos a los que contempló, comenzando por un Antonio que rápidamente se había ganado el favor de la población egipcia. Años después, el propio Antonio aseguró haberse enamorado de ella en aquel primer encuentro.⁴³

La carrera de Antonio y su relación con Egipto no habían hecho más que empezar, pero Gabinio pagó cara su actuación. A su regreso a Roma, fue acusado por abuso de autoridad y por haber aceptado sobornos. Los litigios fueron largos y violentos y la defensa del antiguo gobernador se centró en tratar de demostrar la falta de idoneidad de Arquelao para ser rey de Egipto, en sostener que el oráculo sibilino (aparentemente muy explícito) se había referido en realidad a algún otro rey y en acusar de todo lo sucedido a Pompeyo. En el primer juicio, por abuso de autoridad, Gabinio fue exonerado; pero en el segundo, pese a que le defendió el mismísimo Cicerón, fue declarado culpable.⁴⁴ Se llegó a rumorear que Gabinio había sobornado al jurado, actuación que no resultó la más sensata dadas las circunstancias. Evidentemente, aquellos juicios constituyeron solo un pequeño episodio de la gran política global del periodo y es muy posible que Gabinio comprendiera mejor la situación en oriente que sus adversarios en Roma o que las fuentes hostiles que refieren el encausamiento.⁴⁵ A pesar de todo, hubo de partir al exilio, en el que permaneció hasta que siete años más tarde César propició su regreso. Le sucedió como gobernador de Siria nada más y nada menos que el mismísimo Craso, que, en cierto sentido, había desencadenado la cuestión egipcia al proponer la anexión diez años antes. Craso añadió Egipto a su mandato provincial, aunque la perenne

inestabilidad en Roma y la inesperada muerte del gobernador durante la descabellada expedición contra los partos determinaron que aquella inclusión del país del Nilo entre los territorios provinciales no fuera más que un tecnicismo legal. Pese a todo, constituyó todo un signo del inevitable curso de los acontecimientos.⁴⁶

Por muy dichoso que fuera el reencuentro de Tolomeo con su familia, del mismo quedó relegada su hija Berenice, que había osado oponerse al rey y a su esposa y que, por consiguiente, no tardó en ser ejecutada junto con muchos de sus partidarios más acaudalados, lo que supuso para el monarca algunos ingresos adicionales. Pero las actuaciones ignominiosas no acabaron ahí. Al parecer, la guarnición romana que Gabinio había dejado estacionada en Egipto para sostener a Tolomeo no solo era insultada continuamente por la población local, sino que también causaba graves altercados, pues sus miembros acostumbraban a desperdigarse por las calles de Alejandría en busca de mujeres a las que violar, lo que terminó añadiendo un componente étnico romano a esta ciudad multicultural.⁴⁷ Además, como en cualquier otro gran puerto, parece que en Alejandría se daban cita los personajes de la peor calaña de todo el Mediterráneo, incluyendo piratas, forajidos y esclavos fugitivos, circunstancia que no hacía sino agravar la percepción general de desgobierno. Por último, para Tolomeo el dinero continuaba siendo un problema, pues sus deudas habían llegado a alcanzar cifras colosales, mas su ingeniosa manera de solucionar aquello no fue otra que nombrar ministro de finanzas al banquero romano Rabirio Póstumo, con lo que cedía irónicamente el control de la administración fiscal más antigua del mundo a un extranjero procedente de un Estado recién llegado al escenario internacional. Nada de esto contribuyó a que Tolomeo se granjeara el cariño de los egipcios.⁴⁸

Según parece, a Rabirio se le dio manga ancha para que drenara los recursos del reino, pero las deudas contraídas por el soberano eran tan grandes que ni aun así pudo satisfacerlas en vida y terminaron siendo heredadas por sus sucesores.⁴⁹ En cualquier caso, las actuaciones de Rabirio agravaron a todo el mundo hasta tal punto que, en menos de un año, el rey tuvo que ponerlo bajo protección y enviarle de vuelta a Roma, donde se convirtió en la segunda persona encausada por la restauración de Tolomeo XII. Cicerón, que también se encargó de su defensa, trató de presentarlo como un rehén de Tolomeo que había gestionado lo mejor posible una endiablada encrucijada. Desconocemos cuál fue el resultado de aquel juicio, pero lo cierto es que Rabirio también tenía amigos influyentes en las altas esferas romanas y, ocho años más tarde, nos lo volvemos a encontrar operando en Sicilia al servicio de César.⁵⁰

Durante los últimos tres años de reinado de Tolomeo, por lo que sabemos, no se produjeron nuevos desastres. La principal preocupación por aquella época fue la sucesión real. Tras haber suprimido a su única hija legítima, Berenice, necesariamente hubo de recurrir a sus otros cuatro vástagos: dos niñas, Cleopatra y Arsínoe, y dos varones, Tolomeo XIII y XIV. De todos ellos, Cleopatra era la única próxima a la edad adulta, pues tenía 14 años cuando su padre recuperó el trono. Sus hermanos tenían 6 y 4 años y Arsínoe no sería mucho mayor que estos.⁵¹ Por consiguiente, parecía obvio que Cleopatra estaba destinada a ser la principal sucesora.

Así las cosas, muy poco después de su regreso a Egipto, Tolomeo redactó testamento. Nombró coherederos a su hija mayor superviviente (Cleopatra) y a su hijo mayor (Tolomeo XIII), gesto con el que trató de evitar las dificultades que ambas Berenices habían tenido que afrontar al convertirse en gobernantes en solitario sin un consorte varón.⁵² Pero, lo que es más importante, el documento solicitaba al pueblo romano que se erigiera en guardián de los dos niños. Desconocemos el significado exacto de esta fórmula, pero lo cierto es que le proporcionó a Roma una provechosa excusa legal para intervenir sobre el país durante los años siguientes. El propio Tolomeo invocó a todos los dioses y todos los tratados suscritos entre Roma y Egipto como garantes del cumplimiento de sus disposiciones. Los emisarios llevaron a Roma una copia del testamento para que fuera puesta a buen recaudo en el tesoro estatal, aunque, como era de esperar, acabó cayendo en manos de Pompeyo,⁵³ que por entonces era el hombre más poderoso de la urbe y, por supuesto, el principal benefactor romano de Tolomeo. Pompeyo, a buen seguro, creyó que aquel documento le resultaría útil en el futuro.

La redacción de un escrito como aquel demuestra la destacada agudeza política de un monarca cuyo reinado no fue especialmente sobresaliente. Pero las historias en torno a su frivolidad que impregnan todas las fuentes conservadas posiblemente sean exageradas: al fin y al cabo, como le sucedió más tarde a su hija, Tolomeo XII tuvo unos oponentes en Roma particularmente bien organizados. Que se le terminara recordando como el Flautista no quiere decir mucho acerca de su auténtica capacidad para gobernar. Recordemos que la mayoría de las descripciones conservadas en cuanto a su personalidad nos llega a través de las fuentes romanas, poco condescendientes con el tradicional boato que rodeaba el estilo de vida de las realezas orientales, como Cleopatra y Antonio no tardaron en comprender. Pese al exilio y al triste sino de su primogénita Berenice, su reinado fue más pacífico que muchos de los que le precedieron y, además, sabemos que tomó medidas enérgicas para evitar las prolongadas luchas sucesorias endémicas

entre los tolomeos, con independencia de que, a la postre, estas terminarían resultando ineficaces. El reconocimiento formal por parte de Roma, del que tiempo después se benefició también Cleopatra, le colocó en el primer plano de la política internacional, aunque de manera inevitable también aceleró el final de su dinastía, algo de lo que, sin duda, él no llegó nunca a ser consciente. Parece que suscitó una enconada aversión entre las élites alejandrinas, pero, en líneas generales, administró el Estado con relativa eficacia, exceptuando quizá el desafortunado incidente de Rabirio, al que el propio Tolomeo se encargó de destituir. Aunque la pérdida de Chipre constituyó una gran tacha en la política exterior tolemaica, el imperio todavía conservaba el acceso a las riquezas de la India y el África oriental. En efecto, un tal Calímaco, un importante funcionario que permaneció en activo durante el reinado de Cleopatra VII, fue nombrado Supervisor de los mares Eritreo e Índico en 62 a. C.⁵⁴ La documentación también da cuenta de la constante implicación de Tolomeo en las obras públicas del interior egipcio: completó, al parecer, el templo de Edfú, cuyos trabajos llevaban en marcha desde tiempos de Tolomeo III, y probablemente trasladó a los obreros río arriba hasta Dendera, donde emprendió la construcción de un nuevo complejo.⁵⁵ Prestó especial atención a las obligaciones religiosas, para cuyo cumplimiento viajó a lo largo y ancho del país.⁵⁶ Aunque, lo más importante, falleció de muerte natural, algo que cada vez venía siendo más insólito entre los tolomeos.

Durante la primavera de 52 a. C., otorgó a sus dos herederos los títulos de «nuevos dioses» y «queridos hermanos» (*Theoi Neoi Philadelphoi*).⁵⁷ El segundo coincidió con una antigua fórmula honorífica, pero hemos de entender el primero de estos títulos como un deseo bienintencionado para el futuro. Todo apunta a que Cleopatra comenzó a ejercer como regente por estas mismas fechas, lo que garantizaría una transición pacífica, ya que su coheredero era todavía un niño. El estatus legal de la joven quedó plasmado en la cripta del templo de Dendera en algún momento del año 52 a. C., en la que constituye su primera aparición en las fuentes históricas. Tolomeo XII falleció a principios del año siguiente.

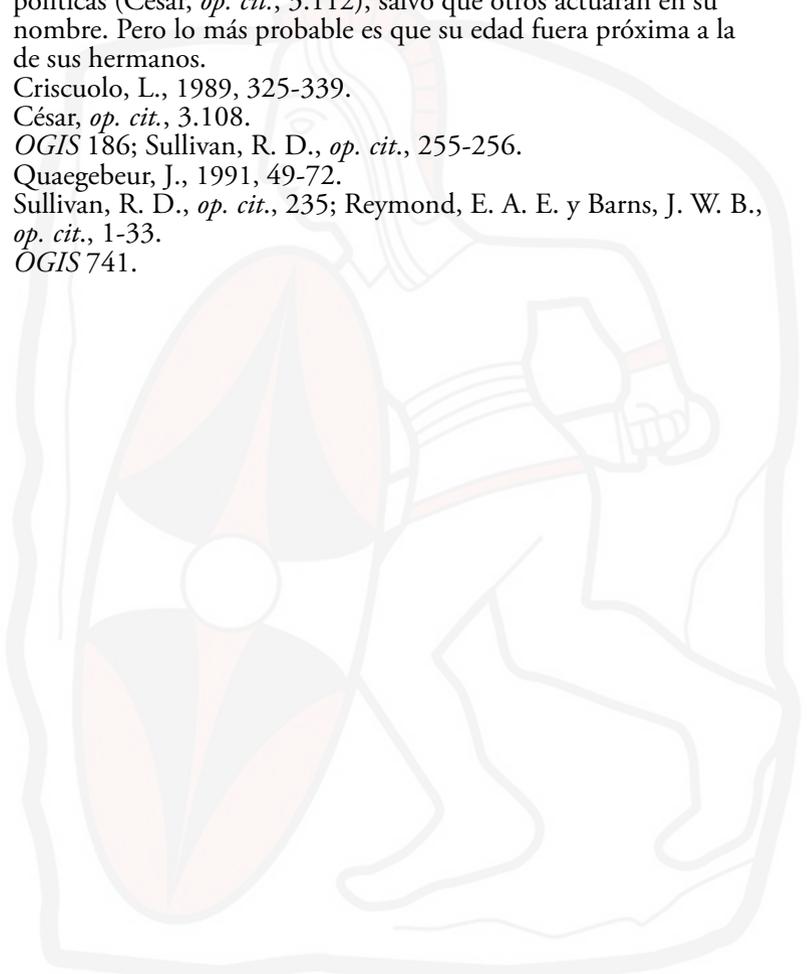
NOTAS

1. Murió a los 39 años en agosto de 30 a. C. y su cumpleaños era justo antes del de Antonio (Plutarco, *Antonio* 73.3), coincidente con nuestro 14 de enero. Mas, puesto que tanto Antonio como Cleopatra nacieron antes de la reforma cesariana del calendario del año 46 a. C. y murieron después de esta, las fechas exactas

- pueden resultar confusas. Para profundizar, *vid.* Suerbaum, W., 1980, 327-329.
2. Estrabón, *Geografía* 17.1.11; Cicerón: *Discursos III (Acerca de la ley agraria 2.42)*; Ateneo, *Banquete de los eruditos* 5.206d. Acerca de Tolomeo XII, *vid.* Sullivan, R. D., 1990, 229-248.
 3. *Infra*, 197-199. Todavía se discute si los macedonios eran griegos o solo estaban helenizados, un debate con fuertes connotaciones políticas modernas. Los ancestros de Cleopatra eran básicamente macedonios, pero, desde el siglo V a. C., esas gentes oriundas del norte de la península balcánica se vieron muy influidos por la cultura tradicional griega. Desde luego, las distinciones raciales resultan difíciles de discriminar tanto en la Antigüedad como en el presente y siempre se han manipulado con fines políticos. Parece indudable, en todo caso, que tanto Cleopatra como sus ancestros eran culturalmente griegos.
 4. Heckel, W., 2006, 235-238.
 5. *Ibid.*, 246-248.
 6. Livio, *Periocs* 35.13.4; Apiano, *Guerras Sirias* 5; Porfirio (*FGrHist.* 260) F47. No es probable que Cleopatra VII estuviera emparentada con Alejandro Magno, aunque se llegó a decir que Tolomeo I era hijo de Filipo II, el padre de Alejandro (Pausanias *Descripción de Grecia* 1.6.2; Quinto Curcio 9.8.22). Sin embargo, esta no fue la creencia general y más bien parece solamente una útil ficción política. *Vid.* Errington, R. M., 1976, 153-156.
 7. Para las sucesivas Cleopatras, *vid.* Whitehorne, J., 1994.
 8. Heckel, W., *op. cit.*, 90; Diodoro, *Biblioteca Histórica* 16.91-95.
 9. Hölbl, G., 2001, 78.
 10. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11.
 11. Para el periodo, *vid.* Maehler, H., 1983, 1-3; Hölbl, G., *op. cit.*, 213-214.
 12. Apiano, *Guerras Civiles* 1.102; Porfirio (*FGrHist.* 260) F2.10-11.
 13. Cicerón, *Discursos III (Acerca de la ley agraria 1.1, 2.41-42)*. Acerca de la situación, *vid.* Crawford, J. W., 1994, 43-56.
 14. Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., 1971, 25-29.
 15. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.11.
 16. Weill Goudchaux, G., 2001, 129-130.
 17. Quaegebeur, J., 1988, 51-53.
 18. Seyrig, H., 1968, *RA* para 1968, 251-256; Head, B. V., 1911, 859-860; *BMC Ptolemies*, lám. 29, núms. 1-3.
 19. Bevan, E. R., 1985, 353-355.
 20. La mejor síntesis de todos estos asuntos es Gruen, E. S., 1995; una buena crónica del periodo continúa siendo la de Scullard, H. H., 2003.
 21. *Vid.* Braund, D. C., 1984, para la relación entre los reyes y Roma.
 22. Plutarco, *Craso* 13.1; Cicerón, *Discursos III (Acerca de la ley agraria 1.1)*; *Los reyes alejandrinos*.
 23. Lucano, *Farsalia* 2.586-587. Pero *vid.* Heinen, H., 1966, 167-175, que desmiente esta visita.

24. Josefo, *Antigüedades judías* 14.35; Plinio, *Historia natural* 33.136-137; Apiano, *Guerras mitridáticas* 114.
25. Los detalles se resumen en Rostovtzeff, M., 1941, 876-879.
26. Diodoro, *op. cit.*, 1.83.88-89.
27. Estrabón, *op. cit.*, 17.1.8; Dion Casio *Historia romana* 39.12.1; Hölbl, G., *op. cit.*, 225.
28. Fraser, P. M., 1970, 179-182. La inscripción procede de una aldea a 30 km al este de Alejandría. Véase también Dion Casio *op. cit.*, 39.12.1; Sullivan, R. D., *op. cit.*, 231.
29. Suetonio, *Vidas de los doce cesares (Divino Julio 54)*; César, *Guerra civil* 3.107; Diodoro, *op. cit.*, 1.83.8; Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6.
30. Plutarco, *Catón el Joven* 34-36.
31. Dion Casio *op. cit.*, 39.12; Plutarco, *Pompeyo* 49; Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6.
32. Habicht, Ch., 1997, 280.
33. Pausanias *op. cit.*, 1.9.3. No parece haber ningún otro candidato verosímil como responsable del monumento en memoria del padre de Tolomeo.
34. Desde tiempos de Homero, el adjetivo «libio» se empleaba en referencia a África y aunque en ocasiones se ha defendido (*vid.* Bennet, Ch., 2003, 315) que la mencionada princesa era miembro de la realeza indígena del noroeste de África (númida o mauritana), Cleopatra VII parece una hipótesis mucho más probable. *Vid.* Wilhelm, A., 1934, 1007-1020.
35. Weill Goudchaux, G., *op. cit.*, 131.
36. *BGU* 1762; *vid.* Maehler, H., *op. cit.*, 6.
37. Whitehorne, J., 1997.
38. Las circunstancias se resumen en una serie de misivas que Cicerón le envió a Léntulo Espínter en 56 a. C. (*Cartas a los familiares* 1.1-8); véase también *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 6 y *Correspondencia con su hermano Quinto* 2.2; Dion Casio *op. cit.*, 39.12-16; Plutarco, *Pompeyo* 49.6-7.
39. Porfirio (*FGrHist.* 260) F2.14; Estrabón, *op. cit.*, 12.3.34; 17.1.11; Dion Casio *op. cit.*, 39.57.
40. Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto* 2.3 (febrero de 56 a. C.).
41. Cicerón, *En defensa de Rabirio Póstumo* 4, 6, 25 y 38; *Cartas a los familiares* 1.7; Plutarco, *Antonio* 3.1-2.
42. Josefo, *Antigüedades judías* 14.98-99; *Guerra de los judíos* 1.175; Kokkinos, N., 1998, 94-100.
43. Plutarco, *Antonio* 3; Apiano, *Guerras civiles* 5.8; Dion Casio *op. cit.*, 39.58.
44. Cicerón, *Correspondencia con su hermano Quinto* 3.1-6; *Cartas a Atico* 92-93; Fantham, E., 1975, 425-443; Lintott, A., 2008, 242-249.
45. Williams, R. F., 1985-1986, 25-38.
46. Dion Casio *op. cit.*, 39-60.
47. César, *op. cit.*, 3.103 y 110; Estrabón, *op. cit.*, 17.1.12.

48. Cicerón, *En defensa de C. Rabirio Póstumo* 22-28 y 37-40.
49. Sullivan, R. D., *op. cit.*, 244.
50. *Guerra de África* 8 y 26.
51. Desconocemos en qué fecha nació Arsínoe. No obstante, sabemos que era más joven que Cleopatra VII y que, en 48 a. C., se la consideró suficientemente madura para adoptar decisiones políticas (César, *op. cit.*, 3.112), salvo que otros actuaran en su nombre. Pero lo más probable es que su edad fuera próxima a la de sus hermanos.
52. Criscuolo, L., 1989, 325-339.
53. César, *op. cit.*, 3.108.
54. *OGIS* 186; Sullivan, R. D., *op. cit.*, 255-256.
55. Quaegebeur, J., 1991, 49-72.
56. Sullivan, R. D., *op. cit.*, 235; Reymond, E. A. E. y Barns, J. W. B., *op. cit.*, 1-33.
57. *OGIS* 741.



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«El retrato de una figura compleja y polifacética, una poderosa gobernante helenística que podía mover los engranajes del poder tan hábilmente como cualquier hombre y que se aleja del icono construido en la imaginación popular».

The New York Times Book Review

Pocas personalidades de la Antigüedad son más famosas y, sin embargo, peor comprendidas y más vilipendiadas que Cleopatra. Para el gran público, su nombre evoca a una diva enjoyada y a los destellos del brillo de Hollywood, no a una eminencia regia capaz de conducir ejércitos. Los más apenas recuerdan una nebulosa fama de bella y malvada seductora. Cleopatra hoy es más una fábula, el Oriente encarnado, que alguien que vivió en su propio espacio y tiempo, con una imagen construida a partir de maledicencias, tergiversaciones y bulos, desde Augusto hasta nuestros días, y que dice más de los miedos romanos —a la mujer poderosa, al extranjero, al otro, en definitiva—, que de la vida de quien fue la última reina de Egipto.

Duane Roller atraviesa ese espejo deformado para reconstruir la vida de una líder erudita y visionaria cuyo objetivo fue siempre la preservación de su dinastía y de su reino, navegando en las turbulentas aguas de un mundo mediterráneo donde la contestación a una Roma omnímoda parecía imposible —y con mucha más inteligencia, elegancia y tacto que la mayoría de sus aliados y enemigos masculinos—. Su convincente retrato de Cleopatra VII la muestra como administradora de un Estado que llegó a abarcar desde Asia Menor hasta las fronteras egipcias con Nubia, como comandante naval que dirigió su propia flota en la malhadada batalla de Accio y como erudita y defensora de las artes, digno miembro de una estirpe, los Tolomeos, que había convertido su capital, Alejandría, en el faro cultural del mundo helenístico. Una biografía soberbia y esclarecedora de una mujer única, Cleopatra.

ISBN: 978-84-126588-4-2



P.V.P.: 23,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**